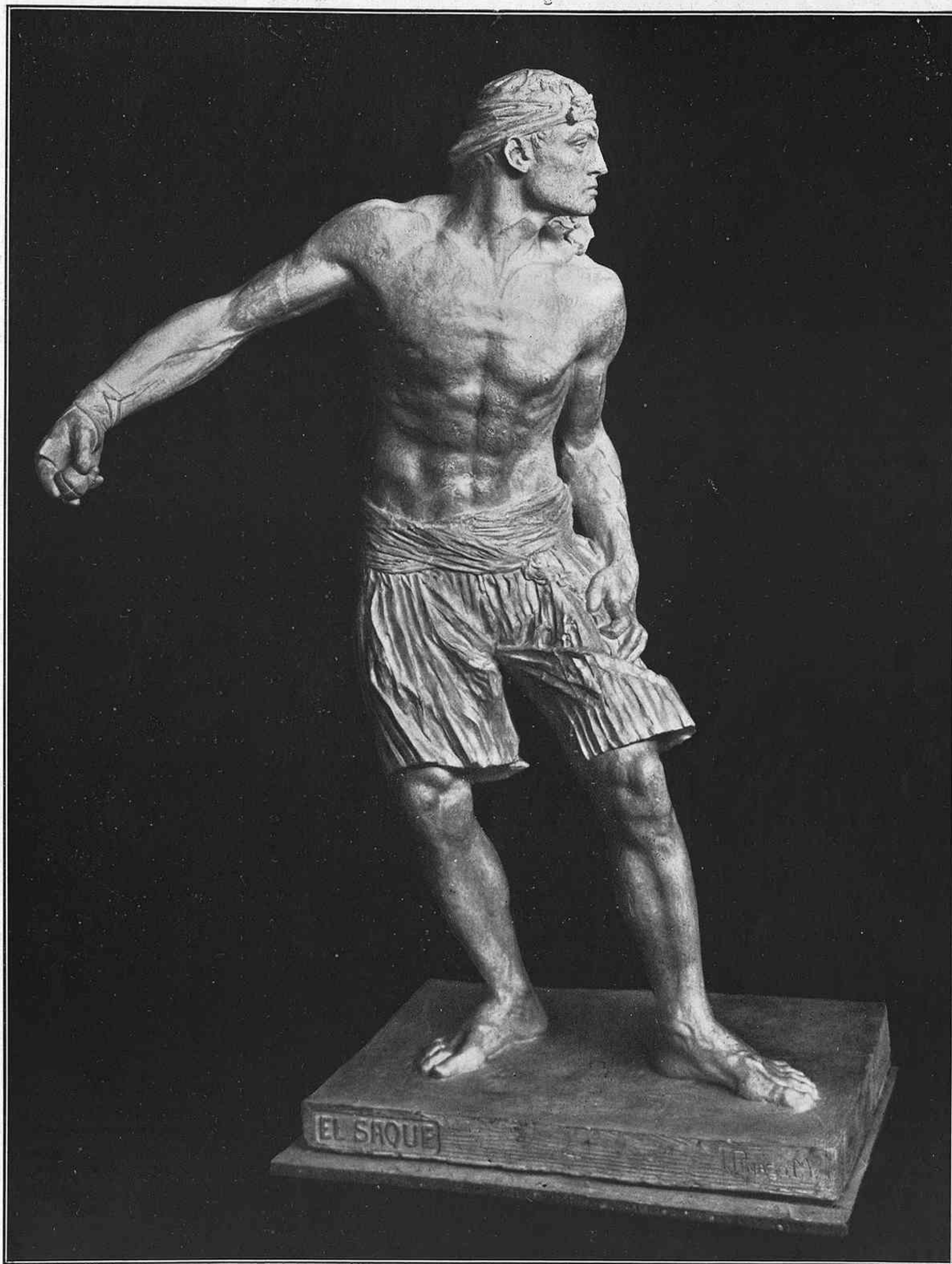


La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 3 DE MAYO DE 1915

Núm. 1.740



EL SAQUE, escultura de Ignacio Pinazo Martínez

destinada a la Exposición Nacional de Bellas Artes que próximamente se inaugurará en Madrid

ADVERTENCIA

Por dificultades surgidas en la ilustración de la obra, no hemos podido repartir oportunamente el primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, que repartimos con el presente número, y es

EL VUELO DE UN ÁGUILA

interesantísima novela de Ethel M. Dell que se considera como una obra maestra de la literatura inglesa contemporánea. Ilustran el libro hermosos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El amor, la música y la faja*, por Luis Capdevila. — *D. Juan Isidro Jiménez. — El ministro uruguayo doctor Blanco en los Estados Unidos. — El general Liman von Sanders bajó. — La guerra europea. — El Escorial. Bendición de una bandera. Los alumnos de la Academia de Artillería. — Barcelona. Estreno de «La fanciulla del West». — La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Función benéfica organizada por el «Ropero del Rosario». — Madrid. Primer Congreso de Doctores españoles. — Melilla. Viaje de S.S. A.A. los infantes D. Carlos y D.^a Luisa.*
Grabados. — *El saque*, escultura de Ignacio Pinazo Martínez. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *El amor, la música y la faja. — Consultando el oráculo*, cuadro de L. Campbell Taylor. — *La guerra europea* (ocho fotografías). — *El ministro uruguayo Dr. Blanco en los Estados Unidos. — D. Juan I. Jiménez. — El general alemán Liman von Sanders bajó. — Notas de El Escorial. — Barcelona. Estreno de «La fanciulla del West». — Función organizada por el «Ropero del Rosario». — Madrid. Congreso de Doctores españoles. — Melilla. Viaje de S.S. A.A. D. Carlos y D.^a Luisa.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La nota de actualidad es un incendio: el que ha destruido por completo el teatro de la Comedia.

Andan muy apurados preguntando las causas del siniestro, lo cual parece cándido. El incendio habrá prendido, según suele suceder, por una chispa; pero se hubiese extinguido, y no ardería el edificio entero ni lo que contuviese, si no fuese invariable costumbre que la gente abandonase lo que se le encargaba cuidar.

El caso se presta a algunas consideraciones sobre la psicología nacional, que ahora está en moda estudiar despacio.

No hay periódico que no extreme, en esta circunstancia, la alabanza a los bomberos, por su comportamiento heroico. Lo ha sido realmente, con arrogante desprecio de la vida. Y no sólo ellos, sino otras personas, no obligadas por su profesión, dieron muestras de bizarría, contribuyendo al salvamento y a la extinción del fuego. La conducta de todos tuvo gran relieve. Suele acontecer así en los casos de apuro, en los trances críticos, viéndose abnegaciones sublimes y rasgos de valor y desprendimiento dignos de los mayores elogios.

Lo que falta, por lo general, a nuestro carácter, es la perseverancia en una línea de conducta; es el sentimiento del deber cotidiano, persistentemente cumplido. Pasado el momento en que las cosas son graves e inesperadas, cuando llega la humilde realidad de cada momento, entra el abandono, la indiferencia, el *tanto da*, fatal y disolvente. Y por eso comprendo muy bien que el empresario de la Comedia, con amargura, declare que el descuido fué la causa. Los que debían cuidar del teatro, roncaban. Habría que desconocer cómo pasan siempre las cosas, para creer que vigilaban cuidadosos.

El hijo del conserje, encargado de velar por la conservación del edificio, por lo visto, en lugar de velar, dormía. Dormía sobre un diván — lo cual no es muy refinado para un teatro tan elegante — pero quizás se creyó que, no durmiendo entre sábanas, sería más fácil que se despabilase. El sereno, que debía entrar cada media hora, tampoco entró, aunque afirma que sí, como afirma el hijo del conserje que hizo requisita a las tres; pero el empresario no lo cree. Y tampoco lo creo ni lo creerá nadie. A las cuatro, el teatro era un infierno. Si a las tres se hubiese requisado, se atajaría el incendio una hora antes, quizás se salvaría el teatro, al menos en parte.

Los teatros requieren especial atención, desde el punto de vista del fuego. En efecto, no sé por qué, arden con más frecuencia que los demás edificios... Aquí, en pocos años, han ardido, como yesca, dos de los teatros mejores. Recuerdo la emoción que produjo el siniestro de la Zarzuela, unido a muchas y muy singulares leyendas y fantasías. Ahora, es la Comedia la que desaparece.

A decir verdad, si el pasado de la Comedia era glorioso, en estos últimos tiempos más bien pertenecía al *vaudeville*. Y supongo que los ámbitos de aquel escenario se sentirían achicados al substituir *El Orgullo de Albacete* a *Los Galeotes*, *La Dolores*, *Juan José*, y al arte de Lidia Borelli, de Tina di Lorenzo y de Zacconi...

En el primer momento, temí por algo precioso que encerraba el edificio, y eran unos magníficos cuadros, propiedad del Sr. Navas. Entre ellos figura el retrato del Empeñador, obra de Goya. Por fortuna, se han salvado, pues el incendio tuvo su foco en el escenario y patio de butacas, y llegó tarde al vestíbulo. Los cuadros se hallaban colgados en la contaduría, al lado del *foyer*.

Es sin duda una gran pérdida la de tan hermoso edificio, y un gran desastre para los artistas y el empresario, éste arruinado, según dolientemente manifiesta, y aquéllos privados de sus ropas. El empresario no tenía nada asegurado, así es que ha sido para él mayor el desastre. El inmueble sí lo estaba, de suerte que por este concepto será el daño fácil de reparar.

El gesto gallardo — como ahora se dice en galiparla — lo ha tenido Fernando Díaz de Mendoza, o mejor dicho, porque no conviene separar lo que el Arte unió, los Mendoza Guerrero. Con la generosidad que los caracteriza, ofrecieron por telégrafo cuanto pudiese necesitar Tirso Escudero: decorado, *attrezzo*, vestuario, para salvar el compromiso de la anunciada *tournee* por los países americanos. Ardió lo que, empaquetado ya, sólo aguardaba a ser expedido, y Díaz de Mendoza lo substituye, a lo gran señor que es.

Mariano de Cavia parece fuera de todo peligro. Cada día que pasa aleja los temores de complicaciones y retrocesos. Empieza a hacer su vida de convaleciente normal, y la señal mejor es que ha vuelto a coger los puntos al idioma.

No ha muchos días, se escandalizó de la palabra *rosaría*, que verdaderamente es francesa, y la substituyó con otra, *rosaleda*, que significa vivero o campo de rosales.

Hace mucho tiempo que yo tenía una *rosaleda*; pero le llamaba *rosalera*, por analogía con esparaguera, fresera. No definiendo mi erre, y estoy dispuesta a reemplazarla con la d, si ocurre; pero conste que tengo mi palabreja, y no suena mal.

Mi *rosalera* (sigo diciendo así provisionalmente) es un vasto campo todo plantado de rosales distintos, rojos, amarillos, color de carne, blancos como el ampo de la nieve, y hasta color de rosa — que es el que menos se lleva —. Y al principio la llamé *alejandria*, porque es en Alejandría donde los campos de rosas son habituales y cubren vastas extensiones. De esas rosas se extrae la famosa esencia oriental, que se vende en los bazares de Esmirna y el Cairo, en tarritos de vidrio, muy angostos, adornados de dibujos de oro, que parecen los recamos de un tapiz.

Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres. En esta semana hemos tenido nuestro correspondiente marido calderoniano. Mató a su cónyuge, con certeros tiros; pero, llegado el momento de «hacerse justicia», le falló... Pícaro casualidad — que se da muy frecuentemente —.

Y después, el toque teatral: el beso al cadáver, en la frente, con gran efusión...

Hacen bien estos médicos de su honra (la cual, la mayor parte de las veces, no ha sufrido deterioro, y ésta me parece una de ellas) en realizar todas las alharacas del sentimiento. Son la probable absolución del jurado, y hasta los aplausos a la salida, y los apretones de manos, y el convite de los camaradas y los amigos...

Y cuatro huérfanos, y un hogar deshecho en un arrebato, y un ser humano sacrificado sin misericordia...

Con razón decía un célebre jurisconsulto que la vida no está protegida; pero debió añadir «en especial, la de la mujer». Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan los más atroces atentados, las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tienen un carácter colectivo y de interés general) disculpan esas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por la mano.

He visitado, en el Salón Iturriz, la Exposición de Maximino Peña. Este pintor lleva años de trabajar y de formarse la mano, y ha llegado a adquirir una factura extraordinaria. Algunas cabezas de las que exhibe, están a la altura del hacer de los viejos maestros de la escuela española.

Una, de un aldeano, que ha sido adquirida por la Infanta Isabel, es de energía y fuerzas sorprendentes. Parece vivir.

Este Salón Iturriz, en poco tiempo, se ha hecho un centro de vida artística. Dentro de lo industrial, no cabe cosa más linda que las acuarelas y litogra-

fías que reproducen cuadros célebres. Y como nunca faltan expositores, se puede revisar, en el Salón Iturriz, lo más reciente y digno de interés que producen la pintura y el dibujo en la temporada de invierno.

Otro foco de arte, pero individual y aislado, es la tienda de Zuloaga, en la calle del Arenal. Quien la ve por fuera, cree que allí no se vende sino hierro nielado e incrustado, en el conocido estilo de Eibar. Pero dentro está lo importante: los barro vidriados, los azulejos, los platos de reflejo hispano-árabe. Todo ello original, es decir, sin carácter de fabricación, sin reproducir dos veces el mismo modelo.

Diseño, pintura, esmalte, todo es obra del anciano artista, tío del célebre pintor Zuloaga. Y como yo insinuase que la cerámica que estoy viendo tiene un sello muy semejante a los cuadros de Zuloaga que reproducen tipos de los pueblos de la provincia de Segovia, me contesta el ceramista, con natural orgullo artístico:

— Yo empecé antes que él a trabajar en ese sentido...

Es muy frecuente, en las familias en que el arte puso su sello, que la aptitud venga de padres y de abuelos y sabe Dios desde cuándo. Suelen estas familias formar dinastía, y en mayor o menor grado, revelarse en ellas las mismas condiciones, y hasta ideas semejantes.

Este ceramista genial tiene su taller, que me prometió visitar en cuanto me sea posible, en una iglesia románica de Segovia, donde, como si le alentara el sople del pasado, ha vuelto a encontrar los misteriosos reflejos de los platos y jarras antiguas. La materia de que se sirve, es el barro rojo, lo más humilde, con lo que se fabrica el ladrillo y la teja. En ese barro he adquirido un almirez, reproducción de los antiguos, los de latón. Este es de barro vidriado, con preciosa armonía de colores, rojo y azul verdoso, y no son menos lindos los platos de colgar, con tipos populares segovianos.

Cada señal de vitalidad artística me alegra, porque es uno de los aspectos por los cuales España pudiera crear riqueza.

Aunque no suelo hablar ni de política ni de nada que con ella se relacione, a título de actualidad debo decir que es sorprendente la expectación que ha despertado el discurso de D. Antonio Maura en el Real. En el momento en que esto escribo, tal expectación ha llegado a su colmo. Por las localidades hay puñaladas. Un entradón así quisiera el empresario para las noches de gran cartel. Quieren ir treinta mil personas, y no caben en el teatro, según parece, sino tres mil, a lo sumo cuatro.

Y el caso es que todo el mundo se pregunta: ¿tiene tanta importancia este discurso como parece desprenderse de la ansiedad que suscita? ¿Va a constituir un acto de resonancia suprema, transcendental en el partido y en la nación?

La mayoría de las gentes creen que no. La situación del orador es difícil. No puede decir ni la mitad de lo que piensa o siente...

La danza es un arte que, en estos últimos tiempos, renace de sus cenizas — y cuidado que sus cenizas eran seculares varias veces —. Hablo de la danza popular, no de la de los cuerpos de baile. Todas estas bailarinas que van disputándose el aplauso y la admiración del público, retornan más o menos a los antiguos ritos, en las altas edades históricas. Y es un espectáculo bello y artístico el de tales danzas. Aun cuando no he asistido a las últimas fiestas de este género, vi el entusiasmo que despertaron, y la *Argentina*, y la bailarina belga, recogieron tributo de admiración y ovaciones sin cuento, en el Ateneo y dondequiera.

Hay un porvenir para la danza. Cada nación, además, enlazará la tradición de las suyas peculiares, y no dejará que se pierda en la bruma del olvido esa belleza de su alma, revelada en el ritmo del movimiento y en la plástica de las posturas.

Aunque no estemos para muchas danzas, hay que saludar a las gentiles descendientes de las danzarinas de Gades, que electrizaron a Roma.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL AMOR, LA MÚSICA Y LA FACA, POR LUIS CAPDEVILA, dibujo de Mas y Fondevila



La gente salta: mujeres, mujeres...

La ciudad era una vieja ciudad castellana y se adormecía en una yerma y desolada llanura. En la vieja ciudad castellana tornábase la vida mansa y apacible. En la vieja ciudad siempre las horas cantaban las mismas alegrías o rezaban las mismas tristezas. En la vieja ciudad había palacios y conventos, un paseo de álamos, dos teatros y una anchurosa plaza que anillaban los soportales.

En esta plaza vivían las pobres gentes del poblachón romántico y vetusto más que en sus casonas

rememoradoras de otras líricas épocas de amor y de aventura.

La ciudad tenía un heroico historial guerrero y otro heroico historial galante. De las mujeres de la vieja ciudad se contaban maravillas. Eran unas mujercitas divinamente tristes que nada sabían de la vida si no eran novenas, algún sarao en el Teatro Zorrilla, paseos por la rambla vieja, donde los jueves y domingos la banda de la guarnición tocaba mazurcas y valsos.

Eran unas bellas mujeres enlutadas y misteriosas que amaban las noches de luna, los crepúsculos otoñales y los versos de Gustavo Adolfo.

Sobre la noche de sus ropas sabían encender unos claveles como si llevaran el corazón sangrando.

Mario era pintor. La gente no lo supo hasta que Mario ganó una segunda medalla.

Mario llegó a la vieja ciudad en busca de asunto para nuevos lienzos.

El pintor era muy dado a ensueños y novelarías: se hizo amigo, pues, de las callejas más solitarias, de los rincones más sombríos.

Una noche...

En una plazuela, muy escenográfica con sus acacias de bola, con una hornacina de Cristo y farol parpadeante, con los balcones volados de un viejo palacio del setecientos, una noche de las de románticos paseos en busca de la Princesa Aventura, le detuvieron las notas de un piano. Era un vals triste y suspirante que desgranaba su sutil melancolía en la noche de luna perfumada de acacias y azahares.

Pero no vio Mario luz en ningún balcón que pudiese indicarle quién así complacía con las notas del vals y con el perfumado hechizo de la noche. Parecía venir la música de muy lejos, quejumbrosa y enamorada de nadie sabía qué...

En la plazuela solitaria un venticillo, que besó las acacias, levantó un murmurar atiplado y sutil, como si en la sombra se besasen dos fantasmas, y apagó el farol de la hornacina. En el cielo, muy azul, la luna era como una bruja lámpara de plata... Moría el vals dulcemente, entre suspiros.

Aun retemblaban en la sonora cavidad del templo las trompetas del órgano. La gente salía: mujeres, mujeres...

Las bellas mujeres, divinamente tristes, de la vieja ciudad castellana, que enlutaban aristocráticamente sus cuerpos, amaban las noches de luna, las citas en un jardín, los versos de Gustavo Adolfo y las penumbras misteriosas de los templos. ¡Las bellas mujercitas que se casarían, si se casaban, con un señor orondo y antiestético, que roncaría y no gustaría de novelas ni de ensueños!

Salían las románticas enlutadas.

El templo se iba quedando solitario. Cuando el pintor se marchaba también, de detrás de una columna salió una silueta femenina, quebradiza y sinuosa. También enlutada. Sus cabellos rubios pintaban un casco de oro pálido entre las blondas de la mantilla. Se acercó al pintor, para humedecer la punta de los dedos en la pila del agua bendita, y huyó. Mario no se apercebía de su huída. Al pasar, la bella desconocida le había mirado. Unos ojos negros, de una negrura de terciopelo, adormecidos en la corona espectral de las ojeras cárdenas. Unos ojos largos, acerados como puñales, unos ojos muy tristes. Mario, sin saber por qué, recordó un vals agonizante y suspiroso y una noche de luna.

Cuando salió en busca de la misteriosa desconocida, la ancha plaza se hallaba solitaria. Era una noche coronada de estrellas...

Mario volvió al templo. Pero la bella desconocida no estaba. Se marchó cuando un sacristán, agitando un manojo de llaves, recorría las naves.

— ¡Que se va a cerrar! ¡Que se va a cerrar!

Mario vagó toda la noche por la ciudad. Su paseo terminó fatalmente en la plazuela donde unas noches antes quedó preso su corazón en las sutiles telas de araña de un piano sollozante. Al llegar el pintor, un bulto se escurrió por una de las callejas penumbrosas.

A poco, la noche se bañó de melancolía con la muerte de Mimí. Suspiraba el piano la agonía romántica de la romántica *midinette*:

Fingeva di dormire...

Mario tiró los pinceles con un gesto de asco. Un cromó, lo pintado, tan crudo de color, sin matices. Se tendió a la sombra de un naranjo y tuvo, de rostro al cielo, que cerrar los ojos cegados. El azul semejava una inmensa lámina añil que fosforecía en infinitos puntos luminosos. El sol era una rodela vívida de fuego. El pintor bostezó aburrido, asqueado. Un cromó el paisaje, con sus mieses abrasadas, con la línea que en el horizonte pintaban los olivares grises, con un tren de juguete, unas albercas, unas masías blancas, y unas montañas rocosas y lejanas. Un cromó, un cromó que luego podría vender por unas pesetas a cualquier marchante.

¡Ah, la comedia de su reposo en el campo, el plácido rincón de Arcadia! El enfermo que buscaba la paz y el silencio se encontró envuelto en los siete velos alucinantes y loquescos del Misterio. Toda su vida estaba envenenada por las sutiles telas de araña de un vals suspiroso y sollozante.

¿Qué complicada y extravagante psiquis sería la suya que tal banalidad perturbaba todo su vivir? Y en realidad, él no vivía, no vivía sino para el recuerdo de lo que no acaeció nunca.

¿Cómo sería ella?.. Porque de seguro era una mujer quien en el feroz *spleen* del poblachón complacía con la suave melancolía de las músicas y de las noches perfumadas. ¿Sería rubia como las princesitas de conseja, y tendría una cabellera dorada co-

rearían unas gallinas. Acaso un pájaro piase en las ramas. Él, leería, fumaría. Ella, a su lado, todo sonría la pasada melancolía, cosería ropas inverosímiles para el futuro hijo... Habría también, como hoy, un infinito silencio. Él no podría resistir el deseo de besarla y... La voz de la vieja: «Señorito, la comida!»

Mario no vivía. Pasábase *las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio*. Su vida loca era

una palma a merced del viento. No podía coger los pinceles por más esfuerzos que hacía, todo le asqueaba, iba a volverse loco, se aburría, se moría de tedio... No, de tedio no: de inquietud, de desasosiego... Su vida era una loquesca llama que le devoraría a él mismo. Su vida era un muñeco vestido de oro y azul juguete de los vientos. Algo fatal y cruelísimo le arrancó el corazón para arrojarlo a las zarzas del camino.

El pintor, un crepúsculo de los de novena y órgano, en el templo, distinguió a su bella desconocida, arrodillada cerca un confesonario. Sintió el romántico cómo se le helaban las sienes, cómo le ardían los ojos. ¡Divina emoción de amar a una mujer que sabéis tan lejana! ¡Divina emoción de sentir cómo los chapines de la bella dama pisotean vuestro corazón, cual una rosa de sangre caída en el barro!

En un altar, todo dorado y azul, entre las serpientes lagrimeantes de unos cirios, la Dolorosa sonreía con esa sonrisa equívoca de los dolores irremediables. Se oía, como un zumbar monótono de abejas, el rezar bisbiseante de tantas bocas. Las flautas del órgano sollozaban añoranzas con unas voces casi humanas. Se recostó Mario en una columna al lado del confesonario. Al ruido de sus pisadas ella levantó los ojos del breviario. El romántico sintió la mirada de la desconocida rajarle las entrañas como un viejo puñal. Tuvo que apoyarse en la columna. Sus piernas desfallecían, su corazón latía como un pájaro loco en la jaula del pecho. Tan intensa fué la emoción. En la aristocrática palidez del rostro de la enlutada, sus ojos,

largos y ornados de livores extenuantes, se abrían como dos misteriosas violetas de terciopelo. Y los ojos le miraban, le miraban. Era a él, a él, que tanto soñó en ese instante, cumbre de sus quimeras.

Las estrellas se encendían como lágrimas y el polvillo de plata de la vía láctea fingía una divina carretera en la cerúlea cortina. Unos azahares perfumaban la noche. En la plazuela el Cristo no tenía luz. El ignoto piano tejía y destejía un vals de Chamade. Un bulto se había escurrido por debajo del balcón volado del viejo palacio. Mario se inquietó. La soledad. La noche. El misterio. Pero el vals tornó a envolverle en sus sutiles telas de araña. Era, el vals, como un brujo y hechiceresco encantamiento. Tan triste, tan divinamente triste, la música del vals... El bulto, en la sombra, tornó a aparecer. Mario, hechizado por la música ensoñadora, no se dió cuenta de la aparición.

Agonizaba el vals... De pronto sintió Mario un violento golpe en la ingle. Un hombre huía en la noche. Al llevarse la mano al costado dolorido, Mario se empapó la mano de sangre. Un dolor vivísimo, cruel... La luna asomaba su faz canalla y livida.

Estuvo muchos días entre la vida y la muerte.

Esta bella tarde octubral, sentado en un arcaico sillón frailer, el romántico piensa en su bella quimera. La tarde muere. Todo está azul de crepúsculo. Se encienden las primeras estrellas. El romántico pregunta a una vieja con cofia y mitones, que viene a traerle luz:

— ¿Y ella?

— ¿Ella? ¡Ay, señorito! Como sucedió aquello — «aquello» es el navajazo que le ha tenido tanto tiempo postrado en cama —, la casaron en seguida para que el escándalo no fuese mayor. El agresor era el novio, señorito...

El romántico ha suspirado tristemente. Sentía más el epílogo vulgar que la vida ponía a su aventura sentimental con la enlutada damisela, que la puñalada del gañán.

Y tornó a suspirar. Después encendió la pipa. Y se durmió beatíficamente en el arcaico sillón frailer esperando la cena.



Consultando el oráculo

cuadro del celebrado pintor inglés Leonardo Campbell Taylor

mo las espigas cuando están muy maduras, y unos ojos azules, emblemáticas florecillas de miosotis, y un gesto magníficamente aristocrático? No, no... No existía ya este tipo de mujer sino en las malas novelas y en los versos cursis. Sería alta, ondulante y silenciosa, la desconocida heroína de su extravagante novela. El pelo muy negro fingiría un casco sensual plegado sobre el cráneo. Tendría unos ojos brujos de abismo y de tragedia, hundidos en la corona de livores que se le comía la carita muy pálida. Los labios serían en la palidez una alucinante puñalada. Y tendría un nombre sonoro y galán, evocador de otras muertas épocas de amor y de guerra.

Y tendría... ¿Y tendría novio? ¡Oh tragedia de estas vidas muy nobles, muy excelsas, condenadas a lo más grosero, a lo más mezquino que hay en nuestro vivir de pobres hombres! Sería un jayán, el novio, hijo de labradores ricos, que nada sabría de músicas ni ensueños, que roncaría por las noches y olería a sudor, a establo... ¡Oh! Pero no, no tendría novio la muy excelsa desconocida que en las noches del pueblo sollozaba sus tristezas, sus añoranzas, en las notas románticas del piano.

Mario pidió a la vieja sirvienta un jarro de cerveza. ¡Ay!, el señorito tendría que perdonarla, pero no había cerveza en la casa, y estaba sola, y tenía que cuidar la comida, pues iba a dar la una en el reloj del Ayuntamiento y...

El pintor la atajó con un gesto.

— Si quería sidra el señorito ..

— ¡Venga la sidra, pues!

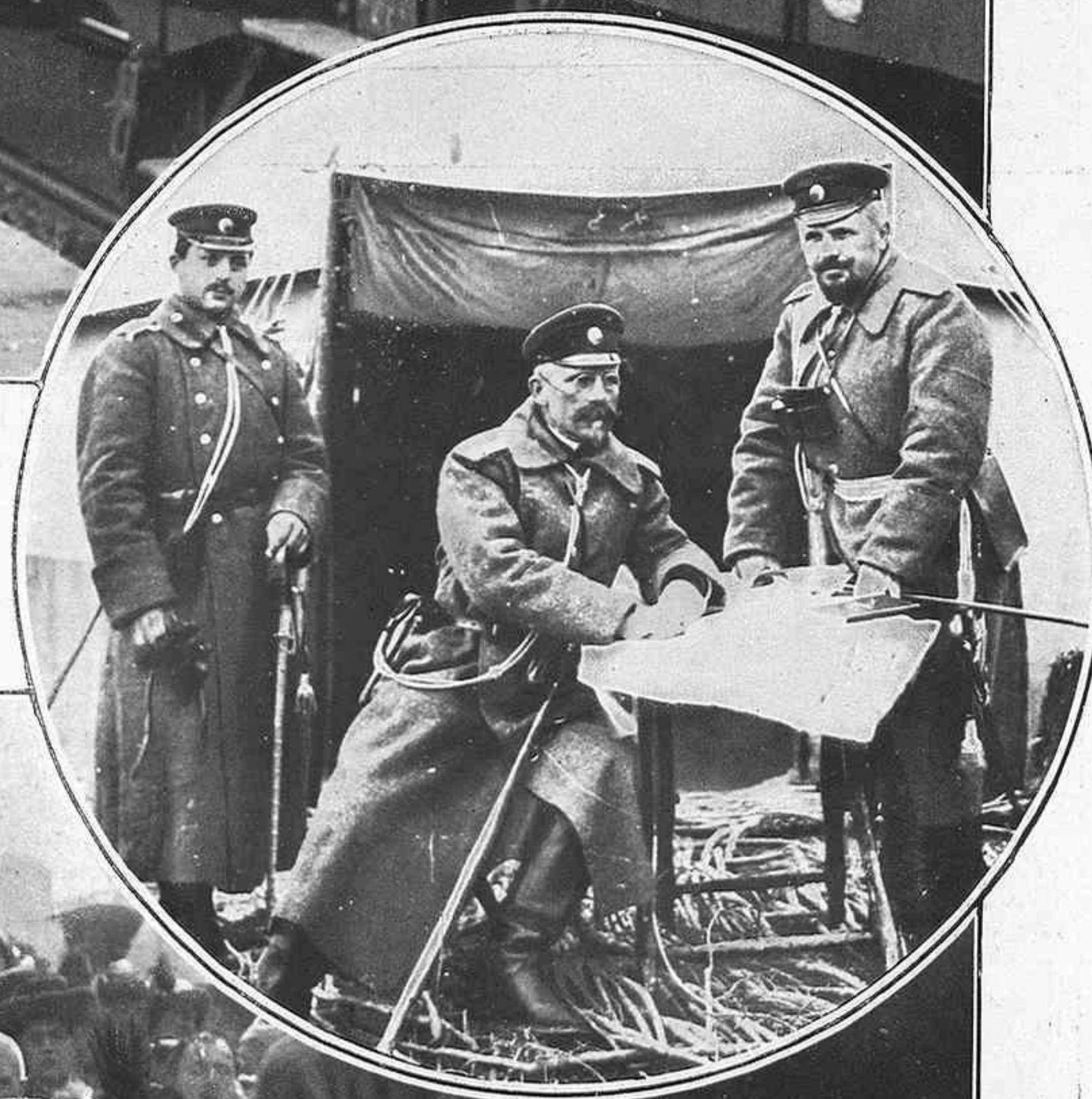
Y tornó a tenderse en el suelo. Reapareció a poco la vieja — que tenía un rostro arrugado y moreno, y se cubría la cabeza con una cofia blanca, como en Bretaña — con la sidra. Bebió el pintor y encendió la arcaica pipa que se trajo de Holanda. El momento tenía una placidez de maravilla. Había un infinito silencio. En el cielo azul unas palomas blancas. Todo se adormecía en la hora de perezas.

Mario soñaba estas siestas con ella, en la terraza de la masía-palacio, bajo los naranjos, bajo el cielo azul. Habría palomas también, como hoy, y unas campanas rezarían el Angelus. Y dentro trajinarían las sirvientas en el aderezo del yantar, que sabría a campo, a montaña. Cantarían las cigarras borrachas de sol. Cegaría el cielo... Abajo en el huerto caca-



La guerra europea. - Salida de una de las estaciones ferroviarias de París de los reclutas de la quinta de 1916. (De fotografía de M. Branger.)

El general búlgaro Sasaroff, que recientemente ha ingresado en el ejército ruso, en el que le ha sido confiado un alto mando. (De fotografía enviada por Chusseau-Flaviens.)



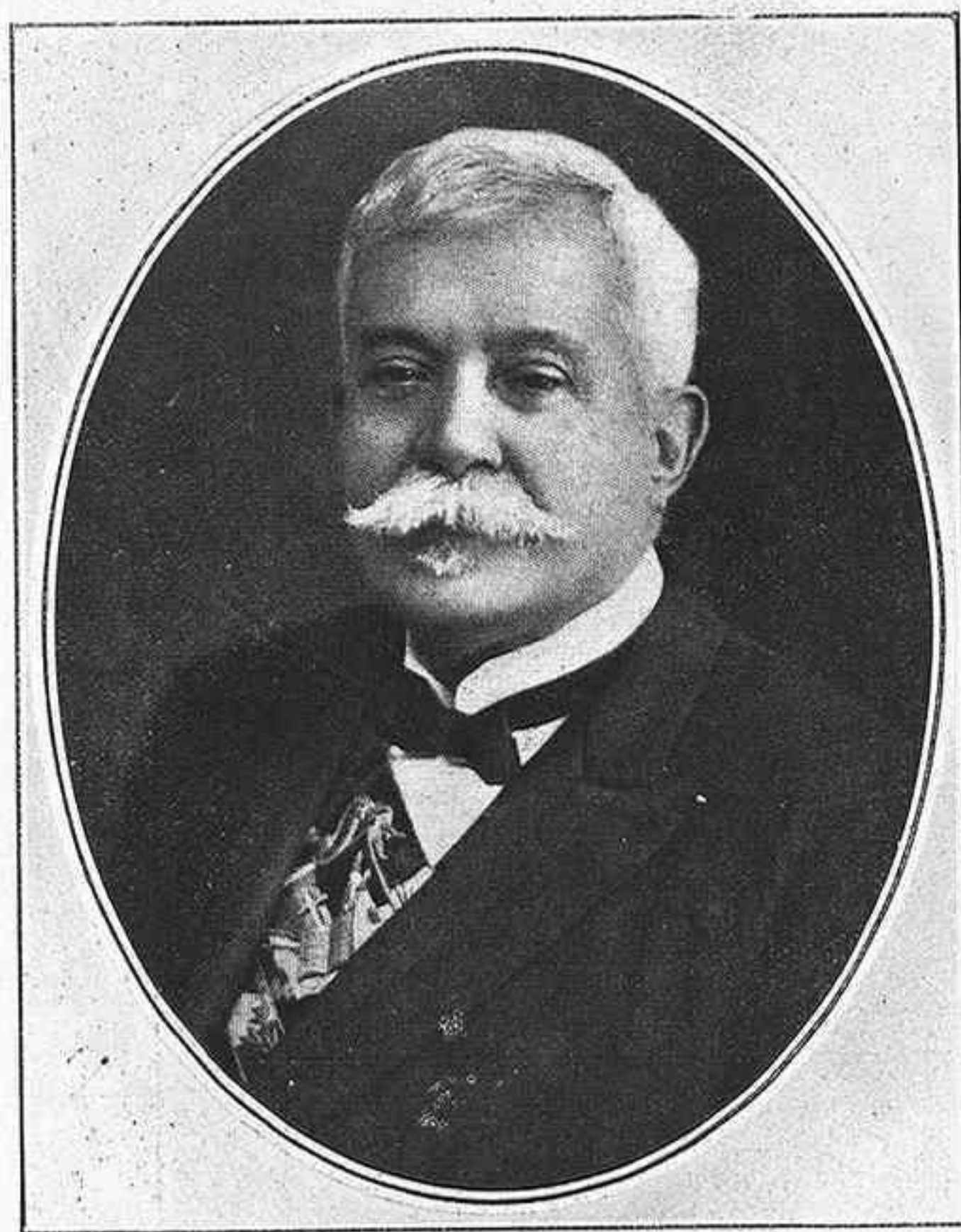
París. - Bendición, en la iglesia rusa, de un convoy de automóviles destinados a ambulancias y que han de ser enviados al frente de batalla. (De fotografía de M. Rol.)



Washington. — Almuerzo dado por el director general de la Unión Panamericana Dr. Juan Barret en honor del Dr. D. Juan Carlos Blanco (x), ministro de Obras Públicas del Uruguay y enviado en misión especial a los Estados Unidos para ratificar el tratado de paz entre ambas naciones. (De fotografía de Harris y Ewing.)

D. JUAN ISIDRO JIMÉNEZ

En enero último ha ocupado por segunda vez la Presidencia de la República Dominicana este distinguido hombre público digno por todos conceptos de



D. Juan I. Jiménez, Presidente Constitucional de la República Dominicana. (De fotografía.)

la popularidad y del respeto de que goza en su patria. Aunque en sus mocedades figuró en política lo hizo sin grandes entusiasmos, no tardando en dedicarse a los negocios comerciales y fundando en Montecristi la casa más importante de aquel país, que pronto hubo de ampliarse con la creación de otras en Nueva York, París, Hamburgo, Puerto Príncipe, Cabo Haitiano y Santo Domingo.

Su prestigio movió a muchos de sus conciudadanos en 1892 a lanzar, sin su consentimiento, su nombre como candidato presidencial, y esto bastó para que el general Heureau, que entonces tiranizaba el país, le declarara guerra sin cuartel, lo que, unido a la crisis mundial de 1895, determinó la pérdida de su fortuna, que él sacrificó hasta el último céntimo para dejar bien sentado su prestigioso nombre.

Atendiendo entonces a las súplicas del partido li-

beral entró de lleno en la política militante y al morir en 1899 el general Heureau, todas las miradas se volvieron hacia él y puede decirse que por unanimidad de votos fué elegido Presidente de la República. Durante su presidencia, fueron respetadas todas las libertades y se adoptaron sabias medidas económicas; mas a pesar de su buen gobierno, fué derribado en 1902 por los mismos que le rodeaban.

Después de intentar un movimiento revolucionario, retiróse con su familia a Puerto Rico; de aquel retiro le sacaron las elecciones efectuadas a fines del pasado año, las mejores que ha tenido aquella República; y como resultado de las cuales ha sido elevado por segunda vez a la suprema magistratura.

Tiene el Sr. Jiménez 74 años, pero está en la plenitud de sus vigorosas facultades; es hombre sumamente bueno, de intachable moral y profundamente religioso, cualidades que, unidas a sus talentos, permiten asegurar un gobierno de gran prosperidad para la República Dominicana.

EL MINISTRO URUGUAYO DR. BLANCO EN LOS ESTADOS UNIDOS

El ministro de Obras Públicas del Uruguay, Doctor D. Juan Carlos Blanco, ha permanecido recientemente algunos días en Nueva York y en Washington para desempeñar la misión especial que le había confiado su gobierno, y que consistía en el canje de ratificaciones del tratado de paz entre aquella República y los Estados Unidos.

El presidente Wilson, al recibir su visita oficial, hizo referencia a las cordiales relaciones existentes entre ambos países y dió las gracias en nombre de la nación por la expresión de buena amistad que aquella misión especial significaba. El discurso con que el Dr. Blanco contestó al del presidente fué también en extremo cordial y afable.

El día 24 de febrero el Dr. Blanco y sus secretarios presenciaron el canje formal de ratificaciones del tratado de paz entre el Uruguay y los Estados Unidos que fué firmado por el secretario de Estado del gobierno norteamericano Sr. Bryand y por el ministro uruguayo en Washington Dr. D. Carlos M. de Pena.

Al día siguiente, el Sr. Barret, director general de la Unión Panamericana obsequió al Dr. Blanco con un almuerzo que se celebró en el salón Colón del palacio de aquella entidad; entre otros comensales asistieron a la fiesta el Secretario de Estado señor Bryand; el senador Burton, de la Comisión de Relaciones exteriores del Senado; el Sr. White, embajador de los Estados Unidos en París y en Roma; el Sr. Daniels, secretario de Marina de los Estados

Unidos, y el Dr. Pena, ministro del Uruguay, quienes, al final del banquete, pronunciaron elocuentes brindis.

EL GENERAL LIMAN VON SANDERS BAJA

Este general es una de las figuras militares más salientes de Alemania. Por sus condiciones y talento especiales fué encargado por el gobierno otomano de la reorganización del ejército turco y últimamente el sultán lo ha nombrado general en jefe de las tropas que operan en los Dardanelos.



El general alemán Liman von Sanders Baja, reorganizador del ejército turco, que ha sido nombrado, por el Sultán, general en jefe de las fuerzas otomanas que operan en los Dardanelos. (De fotografía.)

La misión que allí ha de realizar Liman von Sanders Baja es de excepcional importancia, pues bien sabido es el empeño que tienen puesto los aliados en forzar aquel famoso estrecho, apelando para ello no sólo a la acción de su poderosa escuadra, sino también a la de un numeroso cuerpo de desembarco que ha comenzado ya sus operaciones contra los turcos en ambas orillas del citado paso.

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Carlos Tramous y R. Parrondo.)



Llegada a Lemberg de un convoy de prisioneros austriacos hechos por los rusos en Przemysl. El número total de prisioneros que hicieron los moscovitas en aquella plaza fué de 113.000 soldados y 6.000 oficiales.

La operación más importante efectuada en el teatro de la guerra occidental desde nuestra última crónica, ha sido el avance realizado por los alemanes en la región de Iprés, en una extensión de 9 kilómetros, forzando el paso del canal y ocupando varios pueblos, entre ellos los de Langemare, Pilken, Lizerne y Saint Julien. Los aliados atribuyen este éxito de los alemanes al empleo por éstos de bombas con gases asfixiantes.

Los ingleses han hecho grandes esfuerzos por recuperar las posiciones perdidas, y si hemos de dar crédito a las noticias que de París y Londres proceden, han conseguido reconquistar gran parte de ellas, cosa que niegan las de procedencia alemana.

En los Vosgos, los alemanes han recuperado la altura de Hartmannsweiler Kopf que hace poco les tomaron los franceses, quienes, sin embargo, continúan ocupando a 100 metros de la cima las posiciones de que se apoderaron el 23 de marzo y que les sirvieron de punto de partida para la conquista de la meseta, que realizaron el 26.

En el resto de aquel teatro de la guerra, la situación aparece muy confusa a consecuencia de las contradicciones que contienen los partes oficiales de los aliados y de los alemanes; de todos modos, parece que los franceses han realizado varios progresos en distintos sectores de la Champaña, del Argona y de los Vosgos, y los alemanes, a su vez, han avanzado algo en los altos del Mosa.

El intrépido aviador francés Rolando Garrós, que tan grandes servicios había prestado desde los comienzos de la guerra, ha sido hecho prisionero por los alemanes, por haberse visto obligado a aterrizar en Ingelmunster, a 10 kilómetros de Courtrai (Bélgica).

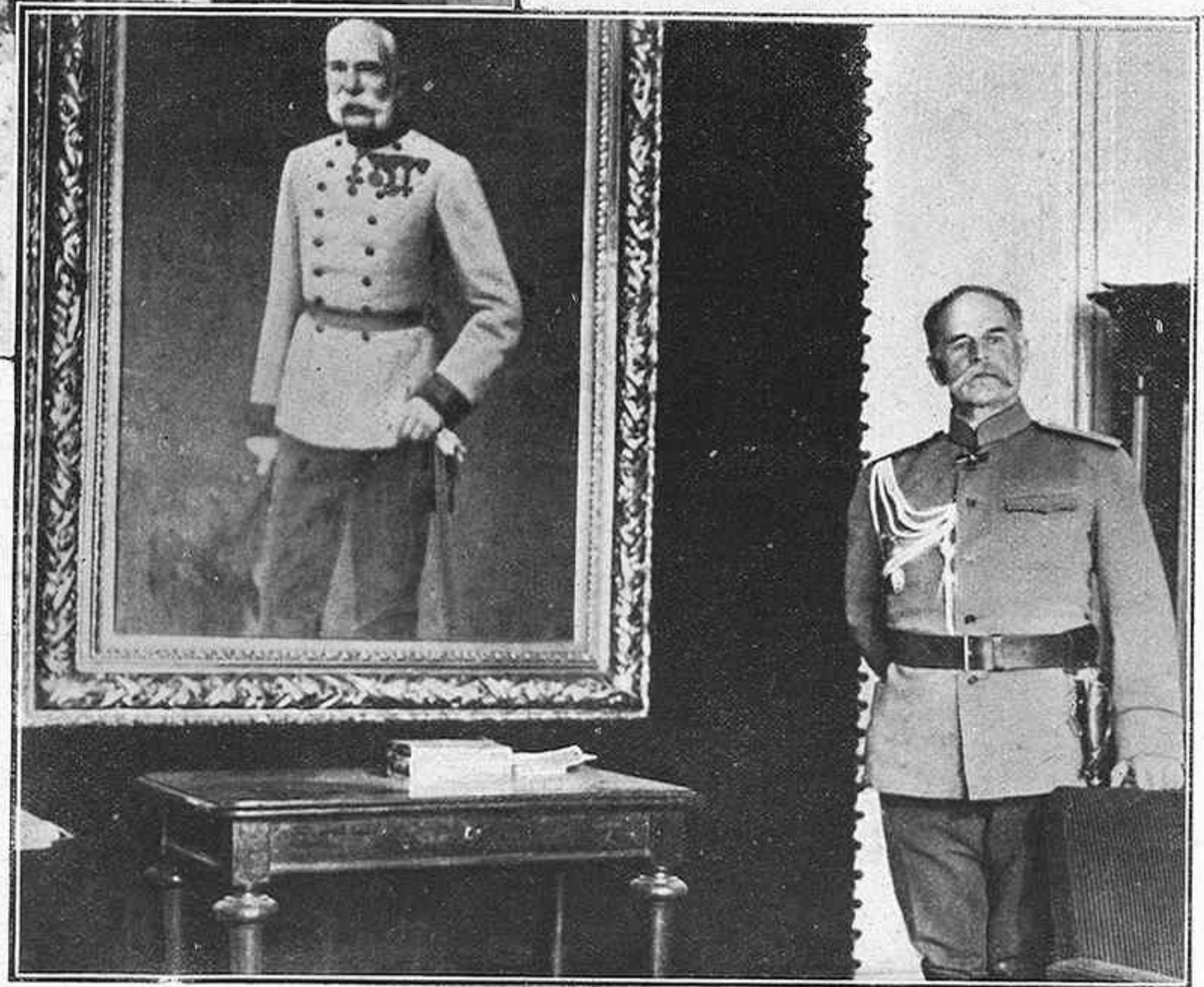
En el teatro de la guerra oriental, continúan los combates en los Cárpatos, aunque no con la violencia que en las semanas anteriores, y continúan asimismo siendo contradictorias las noticias, aun las oficiales, de los beligerantes. Unos y otros se atribuyen victorias, y unos y otros

ha ocurrido allí, ni en el resto de aquel frente de batalla, suceso alguno de importancia decisiva.

Protegido por las escuadras ha desembarcado en ambas orillas de los Dardanelos el ejército aliado que ha de cooperar en la obra de aquélla de forzar el paso de tan famoso estrecho. Las tropas francesas, compuestas de infantería y artillería, habían sido designadas especialmente para operar en Kum-Kalé, al Sur de la costa asiática; esta misión ha sido realizada con éxito completo, pues dichas tropas, con el apoyo de la escuadra y bajo el fuego enemigo, han logrado apoderarse de aquel pueblo y mantenerse en él a pesar de los contraataques de los turcos.

Los alemanes han sufrido la pérdida del submarino U-29, que se supone quedó aprisionado en las redes protectoras instaladas en algunos puntos de la costa de Inglaterra.

Según noticias de procedencia turca, el acorazado inglés *Lord Nelson*, de 16.700 toneladas, que encalló en los Dardanelos a consecuencia de serias averías sufridas en el combate del 18 de marzo, ha sido destruído por un temporal y por el fuego de la artillería turca. El Almirantazgo inglés no ha dado cuenta oficial de esta pérdida,



El general ruso Artamonoff, gobernador de la plaza de Przemysl, en su despacho, en el cual se ve el retrato del emperador de Austria-Hungría Francisco José I

lo que permite poner en duda, cuando menos, aquella noticia. En cambio es oficial la noticia de la pérdida del submarino inglés U-15, que varó en los Dardanelos y fué destruído por los propios ingleses para evitar que cayese en poder de los turcos, que hicieron grandes esfuerzos por apoderarse de él.



Medios empleados por las tropas rusas para poder comunicarse entre sí, en vista de la escasez de comunicaciones en Polonia, y que utilizan arriesgados motociclistas militares en los intransitables caminos de Rusia

afirman haberse apoderado de posiciones importantes; y mientras los rusos afirman haber rechazado todos los ataques de los austro-alemanes, éstos dicen que ha fracasado por completo la ofensiva de los moscovitas en aquella cordillera. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que no

Cerca de la isla de Kós ha sido destruído un torpedero turco. En el Adriático ha sido echado a pique por el submarino austriaco U-5 el crucero acorazado francés *León Gambetta*, habiendo podido salvarse parte de su tripulación.



La guerra europea. En la Galizia occidental. - Destacamento de artillería austriaca vadeando un afluente del Dunajec. Dibujo de Cristóbal Clark hecho en presencia de una fotografía. (Reproducción autorizada.)

La extraordinaria extensión y profundidad del lodo en el frente Oriental es sorprendente. La escena que representa el grabado se repite todos los días en cien sitios diversos desde la Prusia Oriental a las faldas de los Cárpatos. Hombres y caballos se hunden en el fango que les imposibilita la marcha. Gran parte de la Polonia septentrional tiene un suelo de aluvión, sobre espesos lechos de arcilla, razón por la cual la más leve lluvia lo convierte en un mar de lodo. Este fango fué ya calificado por Napoleón como un enemigo más con quien había que contar en Polonia y durante su campaña en ésta en 1806 estuvo a punto de ocasionarle un desastre.



La guerra europea. - Misa de campaña en el ejército austro-húngaro antes de empeñar una batalla. Dibujo del natural de W. Gause. (Reproducción autorizada.)



El Escorial. - Llegada del Ilmo. Sr. obispo de Madrid, acompañado de la comunidad, para bendecir la bandera que SS. MM. han regalado al «Sindicato de obreros católicos»

EL ESCORIAL. - BENDICIÓN DE UNA BANDERA

LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA DE ARTILLERÍA

En el Real sitio de El Escorial se ha celebrado recientemente con gran solemnidad el acto de la bendición de la bandera que SS. MM. han regalado al Sindicato de Obreros católicos de aquella población, entidad que hace dos años contaba sólo con 24 miembros y que actualmente cuenta con 240.

La bandera, digno presente de la munificencia regia, es de seda granate galoneada de oro, y ostenta, admirablemente bordados, la efigie de San José y el escudo de San Lorenzo.

Comenzaron las fiestas cantándose a las nueve de la mañana una misa mayor y a continuación celebró en la explanada de la Lonja un concierto por la banda de Carabineros.

A las diez llegó el obispo de Madrid-Alcalá, a quien recibieron en el patio de los Reyes el rector de la Universidad, el prior del monasterio, el director del Real Colegio de Alfonso XII y otras distinguidas personalidades.

En la basílica, el prelado bendijo la bandera, de la que fueron padrinos los condes de Fontán, y concluyó la ceremonia el rector de la Universidad, P. Teodoro Rodríguez, pronunció una elocuente plática haciendo resaltar las brillantes circunstancias que han concurrido en la bendición de la bandera, símbolo santo del trabajo que enaltece y redime al hombre, y exaltando la excelsa figura de Jesús y el amor inmenso que puso en los obreros, puesto que obreros fueron sus apóstoles, los que divulgaron sus doctrinas por el mundo.

Por la tarde, en el nuevo teatro de la Universidad celebró una velada literario-musical.

En el propio Real sitio se ha efectuado la revista militar de los alumnos pertenecientes a la Academia de Artillería de Segovia, que han hecho una excursión en viaje de prácticas. Para presidir la revista fueron al Escorial SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y la Reina Doña Victoria, acompañados de los infantes Doña Beatriz y D. Alfonso, y el ministro de la Guerra.

El monarca revistó a los alumnos y después se celebró una misa de campaña, terminada la cual los cadetes desfilaron en columna de honor ante Sus Majestades.

Por la tarde los alumnos practicaron varios ejercicios en presencia de los Reyes e Infantes, quienes se mostraron muy satisfechos de las maniobras realizadas y felicitaron al coronel señor Querol por el excelente estado de instrucción de que aquéllos dieron pruebas.

BARCELONA. - ESTRENO DE LA ÓPERA «LA FANCIULLA DEL WEST».

La celebrada ópera de Puccini que hace cuatro años se estrenó en Nueva York y en Roma con gran éxito y que desde entonces ha recorrido los principales teatros de Europa y América obteniendo en ellos los más entusiastas aplausos, se ha cantado por vez primera en España en nuestro Gran Teatro del Liceo.

El libreto de *La fanciulla del West* está tomado de una novela del popular escritor norteamericano Belasco y su acción se desarrolla en California en 1830, es decir, en la época que siguió al descubrimiento del oro en aquel país.

El primer acto pasa en un bar del que es dueña Minnie, a quien todos los mineros aman y respetan y tienen confiados sus ahorros. Mientras los mineros juegan y bailan oye la canción de la nostalgia que entona un romancero errante que infunde en todos honda melancolía.



Barcelona. - Escena final de *La fanciulla del West*, ópera de Puccini estrenada con éxito en el Gran Teatro del Liceo (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

El público barcelonés ha acogido con gran aplauso la última obra del celebrado autor de *La Bohème*.

En esto entra Dick Johnson, que no es otro que el bandido Remerez, cuya cabeza ha sido puesta a precio, y hacia quien Minnie siente afecto, lo que despierta los celos del *sherif* Rance que ama a la joven.

Cuando quedan solos ésta y Johnson, se confiesan sus sentimientos; un silbido interrumpe la confidencia y Johnson se estremece, pues sabe que son sus bandidos que esperan fuera a que les franquee la entrada del bar para robar los caudales de los mineros.

Johnson, sin embargo, conquistado por la bondad de Minnie, no responde a la señal y se despide de aquélla prometiéndole visitarla en su cabaña del monte.

Así lo hace en el segundo acto, y mientras platican los dos amantes llaman violentamente a la puerta; Minnie esconde a Johnson y en seguida penetran en la cabaña los mineros, quienes dicen a la muchacha que el hombre que bailó con ella en el bar es el bandido Remerez.

Ella disimula su turbación, pero cuando los mineros se alejan, hace salir al bandido de su escondite y lo despide afeándole su conducta.

Johnson, sabiendo que le acechan, sale sin armas, decidido, pronto a morir, y apenas ha salido se oye un tiro y el ruido de un cuerpo que cae contra la puerta; Minnie recoge al herido y lo oculta en un desván.

Llega en esto el *sherif* Rance reclamando al bandido; Minnie le propone jugar la suerte de éste en una partida de *poker*, que ella gana, merced a un hábil cambio de naipes. Johnson, pues, le pertenece.

Así termina el segundo acto.

Johnson, oculto en las espesuras de la selva, ha logrado sanar de sus heridas; pero los mineros, que han descubierto sus huellas en el bosque, se apoderan de él y le condenan a muerte.

En el momento en que el bandido va a ser ahorcado, llega desesperada Minnie resuelta a liberar al bandido, y apelando a las amenazas primero y a las súplicas después, y recor-



El Escorial. - S. M. el Rey revistando los alumnos de la Academia de Artillería. (De fotografías de J. Vidal.)

dando a los mineros los beneficios que les ha hecho, logra conmovellos y obtener de ellos la entrega de Johnson, con el cual se aleja dando su adiós a California.

Sobre este argumento ha escrito Puccini una partitura adecuada al ambiente local en que la acción se desenvuelve y a los caracteres de los personajes que en ella intervienen, dando todo el relieve a las situaciones dramáticas que en la obra abundan e interpretando con acertado realismo los episodios descriptivos.

La instrumentación es sonora, muy original y en muchos puntos verdaderamente atrevida.

Entre los números más notables citaremos en el primer acto la canción del romancero errante y los dúos de Minnie y Rance, y de Minnie y Johnson; en el segundo, el dúo de amor de Minnie y Johnson, y sobre todo la partida de *poker* que juegan Rance y Minnie; y en el tercero, la escena en que los mineros persiguen al bandido, la romanza de éste y el final, que produce gran efecto.

En la interpretación sobresalen la señorita Roccanelli y los señores Viglione-Borghese, Bottoni y Morro que cantan y representan sus respectivos papeles con verdadera maestría y obtienen calurosas ovaciones de las que participa muy merecidamente el maestro Mascheroni, bajo cuya experta batuta la orquesta se porta de una manera brillante.

La fanciulla del West ha sido puesta en escena con mucha propiedad y con magnífico decorado.

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Después de algunas dificultades y dilaciones me halle al fin en presencia del Sr. Elihu Sanderson

»En las noches muy claras, paseábamos a menudo por la cubierta a la luz de la luna, observando a veces en un cielo obscuro las innumerables estrellas, de las que Colliver tenía un conocimiento asombroso. Otras veces, mi compañero entonaba singulares canciones, que jamás había oído antes, y que sospecho eran composición suya. Tenía una voz de tenor de sorprendente pureza y dulzura, tanto que los marineros le escuchaban con admiración, sin poder contener sus lágrimas cuando la canción trataba de algún amante que volvía al fin a ver al ser querido. Con frecuencia pronunciaba frases misteriosas, pero su acento era siempre delicioso hasta en la conversación. Un día le pregunté cómo era que con semejante voz no había tratado de hacer fortu-

na en las tablas de los teatros; se rió al oír mis palabras, y contestóme que él no podía limitarse a las reglas del arte, ni cantar por obligación ante un auditorio que le importara muy poco. No sé por qué insisto tanto en hablar de ese hombre extraordinario. La casualidad nos ha puesto en contacto durante un corto tiempo, y los dos nos hemos separado ahora, probablemente para no volver a vernos jamás.

»Mi vida ha sido siempre tranquila, y jamás fui hombre de aventuras; pero dudo que haya muchos como Simón Colliver, que es para mí un verdadero enigma. Que semejante hombre, con tales disposiciones, pues además de su amena conversación y de su magnífica voz, tiene un conocimiento asombroso

de las lenguas extranjeras, que semejante hombre, repito, se limite a ser simple escribiente, me parece poco menos que maravilloso. Nada me ha dicho de su pasado; pero siempre escuchó con mucha atención cuando yo hablaba de mi casa de Lantrig, de mi esposa y de Jasper. Sin embargo, no manifestó nunca curiosidad respecto al objeto de mi viaje, y al parecer impórtanle poco los actos y opiniones de sus compatriotas. Ahora se alejará de mí; pero cuando le estreché la mano al despedirme, sentí separarme de tan seductor compañero.

»En nuestro viaje, como ya he dicho, no ocurrió incidente alguno; mas para mí, que nunca había salido de Pend-Glas, todo fué extraordinario. No me detendré a enumerar cuanto vi, si bien no puedo

menos de hacer mención de las maravillas de esta ciudad de Bombay. Desde la cubierta del buque divisé anteanoche los Bhor Ghauts (como los llaman aquí), elevándose gradualmente en el brumoso horizonte; mientras que las alturas de la Colina de Malabar, con sus numerosas luces, presentaban un delicado tinte de rosa y oro, desvaneciéndose después en la obscuridad de la noche.

»Me entusiasmé al ver ante mí las maravillas de ese extraño país, y tal era mi excitación que no pude dormir bien; pero cuando desembarqué, ayer por la mañana en el Apollo Bund, me aturdió al principio todo cuanto se ofrecía a mis ojos; para mí era como una de aquellas comedias de magia que yo iba a ver todos los años por Navidad con mi amada Margarita. Todo me parecía extraño en aquella abigarrada multitud, y poco faltó para que me riera al pensar qué figura haría uno de aquellos hombres en Polkimbra; pero reflexioné que lo mismo podía decirse de mí en Bombay. Cuando crucé por el Bazar vi indios, europeos, judíos, árabes, malayos y negros; gracias al señor Elihu Sanderson, más tarde supe distinguir algunas nacionalidades; pero entonces, no conociéndolas, parecíanme todos indios, aunque sin explicarme su diversidad.

»Las casitas rojas, azules y amarillas; los magníficos arcos que crecen en todas las calles, las bandadas de aves que pueblan los tejados, pululando sin temor entre los transeúntes; todo esto me inspiraba el mayor asombro. No me chocaron menos las costumbres de aquellos hombres, muchas de las cuales me parecieron escandalosas; y ver que las vacas hacen allí las veces de caballos. De todo esto hablaré en casa, si Dios permite que vuelva sano y salvo a Lantrig. Volvamos ahora a mi asunto con el señor Elihu Sanderson.

»Me despedí del capitán del *Ola de Oro* y de mi amigo Colliver en el muelle, y proponíame rogar al señor Sanderson que me proporcionase un buen alojamiento por los pocos días que pensaba permanecer en Bombay. El capitán Carey me había dado ya las señas de la Compañía de la India, y hacia allí examiné mis pasos para presentarme de una vez; pero admirando aquella multitud, me extravié. Cuando al fin pude llegar a la puerta del edificio sorprendíme ver a Colliver que salía, hasta que al fin recordé que su hermano estaba empleado allí. Según me manifestó mi amigo, habíanle trasladado a Triquinópolis algunos meses antes, de modo que su diligencia resultaba inútil. Debo decir que esta contrariedad no le privó de su buen humor; alegróse mucho de haberme encontrado otra vez y se despidió al fin.

»Después de algunas dificultades y dilaciones me hallé al fin en presencia del señor Elihu Sanderson, en quien tantas veces había pensado. Un escribiente me introdujo en su despacho particular, y cuando se levantó para recibirme, reconozco al punto como hijo del Elihu Sanderson citado en el testamento de mi padre. Es delgado, enjuto de carnes, y de expresión enérgica, en la que se revela que está acostumbrado a mandar; mide sus palabras como si hubiese de venderlas; y en todo, menos en la estatura, es un verdadero escocés.

»- Buenos días, me dijo, señor... me parece que no recuerdo el nombre.

»- Trenoweth, contesté.

»- ¡Ah!, sí... ¡Trenoweth!, repitió, con cierta mirada de sorpresa que no pasó desapercibida para mí. ¿Adivinaré qué asunto me proporciona la ocasión de verle?

»- Es muy probable, repuse, porque le considero un poco inusitado.

»- ¡Ah!, sí, lo es en efecto... ¡algo inusitado! Está muy bien... Supongo que trae usted alguna credencial, quiero decir alguna prueba de que se llama realmente Trenoweth, añadió el señor Anderson, mirándome fijamente de pies a cabeza.

»Por toda contestación presenté el testamento de mi padre y la pequeña Biblia que llevaba en el bolsillo. Sanderson me miraba con la mayor atención, y cuando le hube entregado el paquete leyó el testamento muy despacio, examinó la Biblia, reflexionó un momento, y díjome al fin:

»- Supongo que ya deducirá usted que esto fué un asunto privado entre Amós Trenoweth y mi padre, ambos difuntos; y le diré con franqueza, señor... a propósito ¿cómo se llama usted de nombre? Usted será el Ezequiel citado en el testamento. ¿Es usted hombre resuelto? Si no lo es, por lo menos lo parece. Como ya he dicho, y hablándole con franqueza, este no es asunto que yo emprendería; pero mi padre tenía sus rarezas, y una de ellas consistió en profesar gran afecto al padre de usted. Tal vez se debiese a un beneficio cualquiera, porque Amós Trenoweth, por lo que yo he oído, no era hombre

que inspirase simpatías, y dispense usted que se lo diga con esta franqueza. Si consistió en eso, yo no he visto la prueba, a pesar de haber examinado escrupulosamente todos los papeles de mi padre; pero en fin, esto es asunto de familia, y no debe discutirse en las horas de trabajo. ¿Puede usted comer conmigo hoy?

»- Con mucho gusto, contesté; pero ante todo, como soy forastero, le agradecería a usted que me recomendase algún alojamiento decente para el tiempo que haya de permanecer en Bombay.

»El señor Sanderson reflexionó otra vez, golpeó el suelo con el pie, retorcióse sus patillas grises, y contestó al fin.

»- Nuestro asunto, según pienso, nos entretendrá probablemente hasta muy entrada la noche, señor Trenoweth, y me dispensaría un favor si quisiese vivir en mi casa un día o dos; soy soltero, vivo como tal, y esto será una ventaja, por lo menos ahora. Si quiere usted enviar su equipaje a la quinta de Craigie, en la Colina de Malabar - cualquier día le dirá a usted donde habita Elihu Sanderson - procuraré que su alojamiento sea cómodo. Sin duda le choca a usted el nombre de «Quinta de Craigie...», es escocés, y yo también lo soy, aunque jamás haya visto el suelo de Escocia; en mí se da el raro fenómeno de un niño inglés criado con buen éxito en la India; mas espero poner el pie en aquel país algún día, si Dios quiere. ¡Ah!, ahora echo de ver que estoy ocupando las horas de oficina sin trabajar... Hasta más tarde, señor Trenoweth.

»Di las gracias al señor Sanderson por su bondad y me despedí.

»Aunque me sofocaba el calor, pasé el resto del día recorriendo la ciudad y contemplando sus maravillas, hasta que al fin llegó la hora de presentarme en la quinta de Craigie. Siguiendo al hombre que llevaba mis efectos, la encontré sin dificultad, aunque no se parecía en nada a las que yo había visto hasta entonces. Era una quinta de grandioso aspecto, cuyo interior tenía un rico mobiliario. La servidumbre, muy numerosa, se componía toda ella de negros. Me pareció que el señor Sanderson no podía necesitar tantos criados; pero esto no era asunto mío, y como no le tenía por hombre derrochador, supuse que los salarios serían muy reducidos.

»El señor Sanderson me recibió con la mayor bondad, obsequióme en cuanto le fué posible, y se sirvió una comida excelente, con buenos vinos; pero los manjares me parecieron sobradamente cargados de especias.

»Después de levantarse los manteles fuimos a sentarnos al balcón para fumar; desde allí veíamos los silenciosos jardines y la extensa bahía, cuyas aguas parecían dormitar entre las sombras. La majestad de la naturaleza hacía enmudecer en aquel momento, y no hablaba por temor de romper el encanto que me producía.

»El señor Sanderson entabló al fin la conversación.

»- Ha tardado usted poco en venir, me dijo.

»- ¿No me esperaba usted tan pronto?

»- A decir verdad, no; aun no he podido acabar de leer el testamento.

»Explicué al señor Sanderson brevemente las razones que había tenido para emprender mi viaje; y después de escucharme con mucha atención, reflexionó unos momentos.

»- ¿Conque es decir que no ha tomado usted este asunto a la ligera?

»- Seguramente que no; bien se pueda obtener o no alguna cosa en el negocio, estoy decidido a emprenderle.

»- Yo creo, contestó el señor Sanderson con lentitud, que hay alguna cosa. Ciertamente que mi padre tenía sus rarezas, pero no era tonto. Jamás desplegó los labios para hablarme de ese asunto; y yo supe nada hasta que lo leí en su testamento. Parece singular que nuestros padres se hicieran más religiosos a una edad avanzada; el de usted tendría alguna razón para arrepentirse, a ser ciertos los rumores que circularon; pero el mío, respetable empleado de la Compañía de la India, no se hallaba en el mismo caso. - ¡Buena pareja para vivir juntos! - añadió el señor Sanderson como hablando consigo mismo - ; pero dejémoslos reposar en paz. Ahora es tan solo cuestión de entregar a usted lo que se me confió, y así le será dado tal vez formar su opinión.

»Al decir esto, levantóse y se dirigió a la habitación, siguiéndole yo. Después le vi sacar un manójo de llaves del bolsillo, eligió una y abrió un pesado arcón de madera negra, curiosamente esculpido, que estaba en un ángulo de la estancia; de él sacó varias cajas de estaño, una por una, legajos de papeles, y pesados libros, hasta que al fin, en el fondo mismo del arcón encontró al parecer la caja que buscaba.

Después volvió a colocar todas las demás cuidadosamente, cerró aquél, buscó una llavecita en su manójo, abrió la caja, sacando de ella dos pliegos bajo sobre, uno mayor que otro, y ambos voluminosos, y entregómelos.

»Entonces, querida Margarita, puesta la mano sobre el secreto en que habíamos pensado tantas veces con ansiedad, y que fué la causa de mi viaje, no pude menos de elevar una oración al cielo por haberme concedido recursos para consolar a mi esposa y a mi hijo, y restablecer mi arruinada casa. No dudo, amada esposa mía, que en aquel momento tú orabas también por mí de rodillas. Recé, en voz muy baja, pero el señor Sanderson debió oírme sin duda, pues parecióme que pronunciaba la palabra *amén*.

»El pliego más pequeño no tenía señas, y en él encontré doscientos cincuenta duros en billetes del Banco de Inglaterra; estaban bajo sobre separado, con sello negro, y sin la menor indicación acerca del destino que debía dárseles.

»El pliego más grande tenía el sobre escrito por mano de mi padre, del modo que sigue:

»*Al hijo de mi casa que, habiendo contado con todos los peligros, sea hombre resuelto.*

»- Esto se quemará dentro de un siglo, a contar desde la fecha. Mayo, 4, en el año de Nuestro Señor de MDCCCXV.

»También estaba cerrado este pliego con sello negro, y contenía el manuscrito que sujeto ahora a esta hoja de mi *Diario* con un alfiler.»

Aquí mi tío Loveday, que hasta entonces había leído sin hacer comentarios, como no fuera para soltar alguna interjección, volvió la página y mostróme en un pergamino la verdadera escritura, algo borrosa, de mi abuelo Amós Trenoweth.

Los dos nos inclinamos para mirar atentamente aquella reliquia, y mi tío, sin hacer ahora tampoco ninguna observación, leyó lo que sigue:

»*De Amós Trenoweth, de Lantrig, de la parroquia de Polkimbra y condado de Cornwall, a los descendientes que puedan heredar mi riqueza.*

»Sábete, hijo mío, que aunque en este pergamino se hace mención de una maravillosa y sorprendente riqueza, destinada al parecer tan solamente para ti, no cabe duda que se verá rodeado de peligros aquel que intentase poner su mano sobre ese maldito tesoro; peligros tan mortales, que casi estoy decidido a llevar el secreto a la tumba, para mi tranquilidad, porque no solamente creo, sino que estoy bien seguro de que nadie disfrutará de esas riquezas sin mucha efusión de sangre, si no perece en la demanda. Yo mismo arrostré la muerte tres veces antes de poner mi mano en ese tesoro, y fué un verdadero milagro que pudiera escapar con vida. No obstante, considerando que la cólera del cielo se habrá mitigado ya, he resuelto no desistir de mi empresa sino en parte, renunciando a los bienes, pero confiando el secreto a otro, que, tal vez más afortunado, conseguirá apoderarse de esa riqueza para librar de la ruina a nuestra casa.

»Por eso, hijo mío, cuando leas este escrito, debes considerar los riesgos a que te expones, ignorados de tí. Yo los conozco muy bien porque he sido pecador a causa de ese tesoro, que fué para mis labios como fruto envenenado. En cuanto a lo demás, mi secreto es de Dios, de quien espero humildemente perdón, pero no aún. Tú podrás, hijo mío, poner mano sobre una riqueza inmensa, consistente en Oro, Plata y Piedras preciosas; pero lo más notable que contiene es el GRAN RUBÍ DE CEILÁN, cuya magnificencia excede a la de todas las joyas de este mundo. Yo mismo le he visto, y sé que es, como un antiguo escritor dijo, un objeto tan precioso, que con nada tiene comparación.

»Al hablar de esta rica piedra, el viajero Marco Polo escribió lo siguiente: «El rey de Ceilán tiene un rubí que es el más grande y magnífico de cuantos se han conocido en el mundo; mide un palmo de longitud y tiene el grueso del brazo de un hombre; por su esplendor aventaja a todas las cosas de la tierra, y brilla como la más ardiente llama. No habría dinero para comprarle». Maundeville y Odorico dicen, poco más o menos, la misma cosa, pero dan dimensiones diferentes para la famosa piedra, y suponen, equivocadamente, que existe en la isla de Nacumera o Nicoveran. Yo sé muy bien que se encontró en la isla de Ceilán, después de haber estado perdido muchos siglos, y aunque es tan grande como los citados escritores dicen, excede en mucho por su belleza y color a cuanto sea dado imaginar.

»Ahora bien, este rubí, juntamente con el tesoro que le acompaña, puede ser tuyo, con la protección del cielo, y teniendo presentes mis palabras para seguir punto por punto las instrucciones que te doy. Trás desde aquí a la isla de Ceilán, y una vez llegado, marcharás a SAMANALO PICO DE ADAM, que es

la montaña más notable de la isla. Desde la Casa de Reposo que hay al pie de aquélla, debes ascender, siguiendo la senda de los Peregrinos, hasta haber pasado de la primera serie de colinas; entre ésta y la segunda hay un espacio de bosque, y en éste, avanzando siempre por el sendero citado, verás al fin un árbol, cuyas ramas se ramifican en siete partes, volviendo a unirse después.

»Este árbol es muy notable y no se puede equiparar con ningún otro; desde su base te adelantarás en ángulo recto hacia la orilla izquierda de la senda en la distancia de TREINTA Y DOS PASOS, y entonces verás una piedra que afecta la forma de una cabeza de hombre muy voluminosa, pero fácil de mover. Debajo de esta piedra se halla el secreto del Gran Rubí; y no todo aún, pues lo demás lo hallarás grabado en la llave de que ya se te habrá hecho mención.

»He tomado estas precauciones para que nadie pueda sorprender el secreto sino aquel que tenga derecho a la posesión; y también para que ninguno se aventure en la empresa sin reflexionar bien antes, tanto más cuanto que se ha profetizado que ASÍ COMO EL CORAZÓN DEL RUBÍ ES SANGRE, Y SUS OJOS ARDIENTE LLAMA, DEL MISMO MODO HABRÁ FUEGO Y SANGRE PARA EL QUE QUIERA HEREDAR TAN PRECIOSO TESORO.

»Me comunicó esta profecía un sacerdote de avanzada edad, cuyos huesos reposan bajo la piedra, y sobre cuya tumba está la sagrada plancha de cobre que tiene escrito el secreto. Dios me perdone por esto y por todo lo demás. Amén.

»A. T.

»¡Las faltas de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación!»

»Con este extraordinario documento estaba unida una nota, de diferente letra, que decía así:

«Poco se puede dudar que la piedra preciosa que ahora está en poder del Sr. Amós Trenoweth es el verdadero Gran Rubí de que nos habla el viajero Marco Polo. Como quiera que sea, yo sé por testimonio de mis propios ojos que la piedra es de inestimable precio, por su raro color y por sus dimensiones, las cuales aventajan por mucho a las de cuantas piedras preciosas he visto hasta ahora. De este Rubí hablan, no solamente los escritores citados por el Sr. Trenoweth, sino también el fraile Jordanus (xiv siglo), quien dice entre otras cosas que es tan grande, que no se puede abarcar con la mano. Abén Batuta asegura que tiene la dimensión de la mano de un hombre; y ya en el año 550, Cosmas había oído a Sopater hablar de esta piedra, cuya fama se extendió hasta el siglo xvi. En esta época, Corsali escribió la descripción de dos rubíes, cuyo brillo era tal que parecían llamas de fuego; y también Hayton, en el siglo xiii, hace mención de esa preciosidad, añadiendo que era símbolo de soberanía, y que cuando se elegía un nuevo rey éste debía tener la famosa piedra en la mano para que se reconociese su majestad. Como yo practiqué muchas investigaciones respecto a ese rubí, puedo asegurar que los chinos le conocieron desde los tiempos de Huen T'sesen.

»El Sr. Trenoweth ha procedido con mucha prudencia al abstenerse de mostrar tan preciosa piedra a los joyeros de aquí; pero en la ocasión en que yo pude verla, tuve la curiosidad de medirla, y hallé que su dimensión es de tres pulgadas y media en cuadro por dos de profundidad. De su peso no puedo decir nada; pero sé que es verdaderamente el Gran Rubí de Ceilán, que el Sr. Trenoweth recibió de manos de un sacerdote budista. Sobre esto no hay la menor duda.

E. S.»

»Cuando concluí la lectura miré al Sr. Sanderson, que me observaba desde el lado opuesto de la mesa.

»—¿Y bien, qué hay?, preguntóme.

»Por toda contestación le di el pergamino; leyólo muy despacio, sin que se contrajera un solo músculo de su rostro, y después me lo devolvió silenciosamente.

»—¿Qué le parece a usted?, le pregunté después de una pausa.

»—Pues... en primer lugar, que mi padre era tan maravillosamente honrado como el de usted indiscreto; y en segundo, que usted es tan poco reservado como él lo fué, y que no tendrá usted poca suerte si yo soy tan hombre de bien como mi padre.

»Al oír esto no pude menos de reirme.

»—Sí, sí, riase en buen hora, Sr. de Trenoweth; pero tenga muy presentes mis palabras. Hay en usted cierto aire de confianza que me seduce; pero me sorprendería mucho, caballero, que llegase a poner las manos sobre ese famoso Rubí.»

IX

CONTIENE LA SEGUNDA PARTE DEL «DIARIO» DE MI PADRE, DANDO CUENTA DE SUS AVENTURAS EN LA ISLA DE CEILÁN.

«Setiembre, 29, 1848. — Es muy extraño que al día siguiente de leer el manuscrito de mi padre fuera víctima de un atentado que me redujo a la situación en que ahora me encuentro; pero así fué, y ahora, a los cuatro meses de escribir el primer apunte en mi *Diario*, no puedo servirme de la pluma para añadir una sola palabra. En cuanto yo recuerdo, porque a veces tengo trastornada la cabeza, el caso ocurrió como voy a decir. El 23 de mayo último, después de pasar la mayor parte del día en escribir mi *Diario* y la primera carta a mi esposa, fuí a recorrer la ciudad, principalmente para ir al correo, y cuando volvía a la casa del Sr. Sanderson, detúveme para observar la puesta del sol en la hermosa bahía de Bengala. Me recliné contra un muro, mirando el mar, con su orilla sembrada de palmeras, cuando de pronto parecióme que del sol brotaba una llama, que el cielo se oscurecía, y que tomaba un color de sangre... ya no vi más.

»Hasta más tarde no supe que se me había encontrado, cubierto de sangre y al parecer muerto, con una grave herida en la cabeza; que se habían registrado mis bolsillos, no sé si por el asesino o por los indígenas; que el Sr. Sanderson, inquieto por mi ausencia, dió orden de buscarme por todas partes, y de conducirme a su casa cuando se me encontró al fin, y que durante seis o siete semanas había estado entre la vida y la muerte, debiendo mi restablecimiento a la incesante solicitud del Sr. Sanderson. Ahora no puedo escribir más.

»Octubre, 3. — Ahora estoy algo mejor; pasada la fiebre que la herida me produjo, voy recobrando poco a poco mis facultades mentales. Paso los días reflexionando por qué razón se habrá atentado contra mi vida, pero no puedo explicármelo. No debe haber sido para robarme, porque yo no tengo aspecto de hombre rico. El Sr. Sanderson tiene su opinión particular, con la cual no puedo convenir, porque nadie sabe más que nosotros la menor cosa acerca del manuscrito de mi padre. De todos modos es una fortuna que le dejara en mi cajón, juntamente con este *Diario* antes de ir a la ciudad. Mi esposa debe haber recibido ya mi carta.

»Octubre, 14. — No encuentro palabras para elogiar la bondad del Sr. Sanderson; si hubiese sido mi hermano no hubiera dado seguramente pruebas de mayor solicitud; pero se obstina en relacionar la tentativa de asesinato con el Gran Rubí de Ceilán. A decir verdad, es curiosa coincidencia que este oscuro capítulo de mi vida siguiera inmediatamente a la lectura del manuscrito, pero esto es todo cuanto puedo decir, y no basta para convencer a mi protector.

»Octubre, 31. — Ahora estoy mucho más aliviado; recobro el vigor por momentos, y también la memoria. Al principio había olvidado toda mi vida pasada; mas ahora lo recuerdo todo hasta el momento en que fuí víctima del ataque. Ahora me es posible andar un poco, y el Sr. Sanderson ha querido que le acompañe en una o dos excursiones. Es muy curioso que ayer me pareciera ver a Juan Railton en el Apolo Bund; sin duda me engañé; mas no me causó la menor sorpresa que aun se hallara aquí, puesto que nada recuerdo de un intervalo de tres meses; tal vez haya encontrado ocupación en Bombay, y en tal caso paréceme una crueldad que abandone a su pobre esposa. Mi restablecimiento adelanta muy poco a poco, y bien sabe Dios que deseo marcharme cuanto antes; pero el Sr. Sanderson no quiere ahora oír una sola palabra sobre tal cosa. Me ha prometido buscar un buque para mí cuando él crea que estoy en disposición de continuar mi viaje.

»Noviembre, 4. — No me había engañado: Juan Railton era el que yo vi en el Apolo Bund; hoy le encontré otra vez rondando por el mismo sitio, y le llamé, mas al parecer no me oyó. Quería pedirle noticias sobre mi amigo Colliver, aunque debo presumir que nada sabrá tampoco. El Sr. Sanderson dice que dentro de una semana estará bastante restablecido para marchar, y me alegraré mucho que así sea.

»Noviembre, 21. — Mi protector ha encontrado al fin un buque, y dentro de cinco días debo marchar en el *Campaspe*, cuyo capitán es amigo del Sr. Sanderson, y ha recibido de éste instrucciones para que me atienda; pero ya estoy bastante fuerte, y dispuesto para todo.

»Noviembre, 23. — He ido a ver el buque, que es un bergantín, y me parece muy cómodo, habiéndome preparado para mí un buen camarote. Lo más

extraño es que también encontré a Colliver examinando el *Campaspe*; pareció muy sorprendido al verme, y sin duda creía que yo estaba ya en Inglaterra. Cuando le dije que había encontrado a Juan Railton, me contestó:

»—¡Oh!, sí, le he tomado a mi servicio. Vamos juntos a Ceilán, pues ya he viajado bastante por la India. Fuí a visitar a mi hermano a Triquinópolis y acabo de regresar a Bombay; mas por desgracia, el capitán del *Campaspe* dice que no puede admitirme a bordo, y me será forzoso esperar.

»Explíqueme las razones que el capitán tenía para rehusar, y díjeme que si éste se conformaba no tenía inconveniente en ceder a mi amigo Colliver la mitad de mi camarote, aunque le acompañara Railton.

»—¡Oh!, en cuanto a eso, repuso, Railton se acomodará de cualquier modo, y hasta podrá ser útil, sin remuneración alguna.

»Consultamos con el capitán Dodge, que consintió en admitir a Colliver y Railton, si yo lo deseaba; pero advirtiéndome que el Sr. Sanderson quería que yo estuviese solo. Así se convino al fin.

»Mi protector no pareció muy complacido cuando le dije que pensaba hacer el viaje con mi compañero; hizome muchas preguntas acerca de Colliver, y quiso que le dijera sobre todo si le había confiado alguna cosa acerca de mis planes. A esto contesté que mi amigo no había mostrado nunca el menor interés sobre mis actos. El Sr. Sanderson me preguntó entonces cuándo aprendería a tener prudencia, añadiendo que un golpe es suficiente para prevenir a la mayoría de los hombres; pero que sin duda yo necesitaba dos. Confieso que, por agradable compañero que Colliver sea, preferiría correr solo la aventura; pero en mi concepto, la invitación que le hice era muy natural.

»Noviembre, 25. — Escribo estas líneas de mi *Diario* (las últimas en suelo indio) poco antes de marchar. Mañana me embarcaré en el *Campaspe*; mas no puedo salir de Bombay sin referirme de nuevo a la gran bondad del Sr. Sanderson. Anoche, cuando nos sentamos por última vez en el balcón de su quinta, mi corazón estaba demasiado oprimido para permitirme hablar; pero el Sr. Sanderson pensaba sin duda en otras cosas, pues al romper el silencio fué para decirme:

»—¿Conque el tal Colliver fué a visitar a su hermano a Triquinópolis y acaba de llegar?... ¡Hum!.. Lo que yo quisiera saber es por qué ha vuelto, pues en Madrás no faltan buques.

»—Colliver no es hombre que busque la distancia más corta entre dos puntos, contesté. ¿Por qué no había de regresar a Bombay?

»—Observe usted, repuso el Sr. Sanderson, que la cuestión no se reduce aquí a saber por qué ese hombre no había de regresar, sino por qué ha regresado...

»—De todos modos, repliqué, estará prevenido.

»La sospecha de mi protector ha llegado a ser casi una manía, y por lo tanto le dejé hablar, y quise repetirle las gracias por sus bondades.

»—No diga usted una palabra más, interrumpió. Le debo a usted alguna reparación por estar mezclado en todo esto; el asunto es de mucha importancia, y a decir a usted la verdad, amigo Trenoweth, me inspiró usted profunda simpatía desde su primera visita... No diga usted una palabra más.

»Mi amigo tenía los ojos llenos de lágrimas; me levanté, estrechéle la mano silenciosamente, y dirigíme a mi habitación.

»Noviembre, 26. — Ya estoy embarcado. Escribo esto en mi camarote, donde estoy solo, pues el señor Sanderson ha querido a toda costa que se dé otro a Colliver. Parece que le ha visto hoy por primera vez en el muelle, pues me llamó un momento para decirme que estuviese alerta y no me fiase de aquel hombre de tan diabólica mirada. Desde la cubierta observé a mi amigo Sanderson, que agitaba el pañuelo mientras se alejaba entre la multitud. Después la ciudad de Bombay desapareció de mi vista como si hubiera sido un sueño, y yo reflexioné con tristeza sobre la poca probabilidad que me quedaba de volver a ver en este mundo a un hombre tan bondadoso. La voz de Colliver sonó junto a mí:

»—Buen hombre parece ese amigo de usted, pero díjeme que tiene miedo de que le vean. ¿Le ha dispensado a usted algún favor?

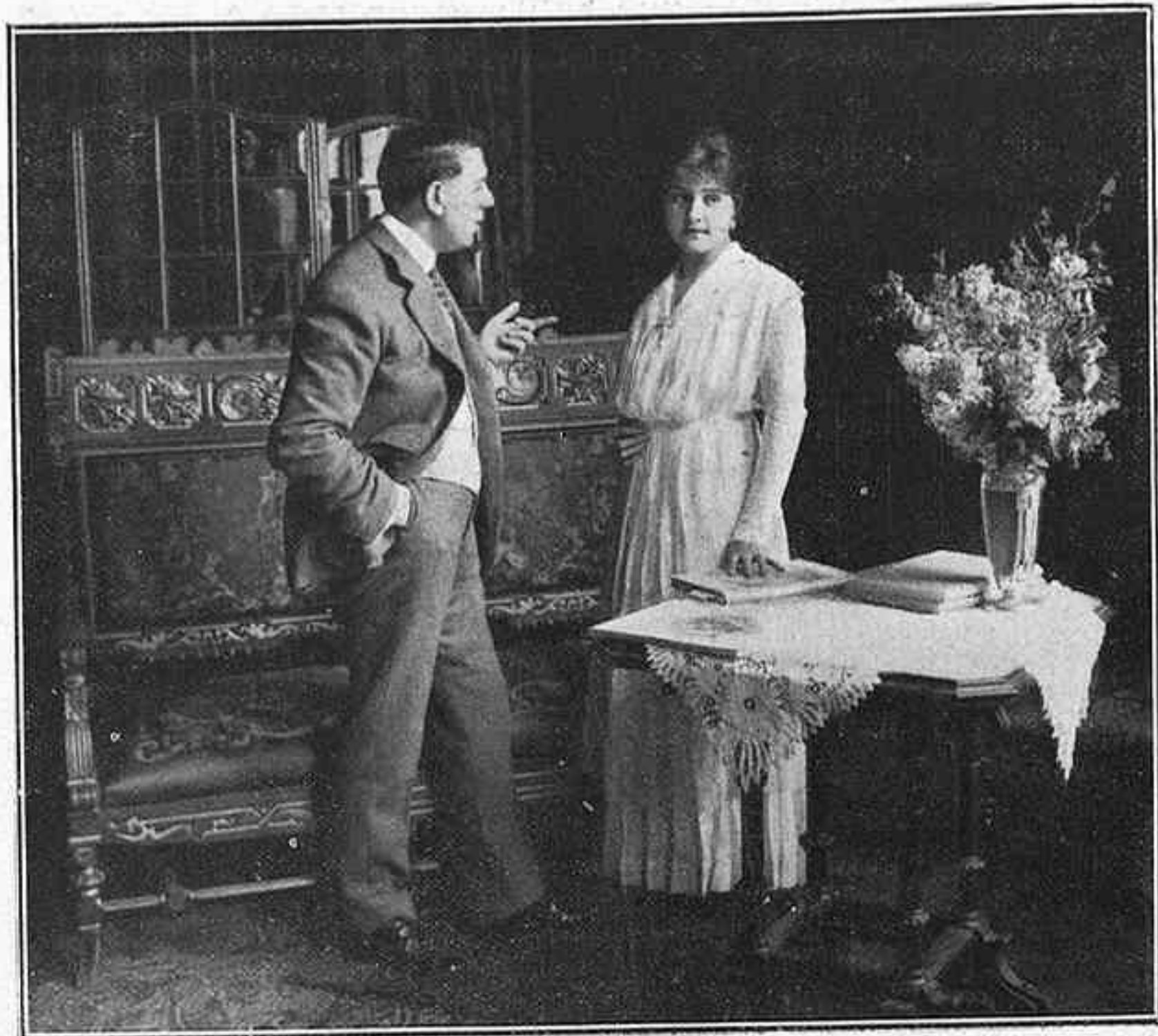
»—Sí, contesté, todo el favor que un hombre puede hacer a otro.

»—¡Ah!, repuso Colliver, ya me lo pensaba.

»Diciembre, 6. — Jamás olvidaré la aurora del día a cuya luz vi Ceilán, mi tierra prometida. Yo estaba sobre cubierta, muy temprano, deseando ser uno de los primeros en divisar la costa.

(Se continuará.)

BARCELONA. — FUNCIÓN BENÉFICA
ORGANIZADA POR EL «ROPERO DEL ROSARIO»

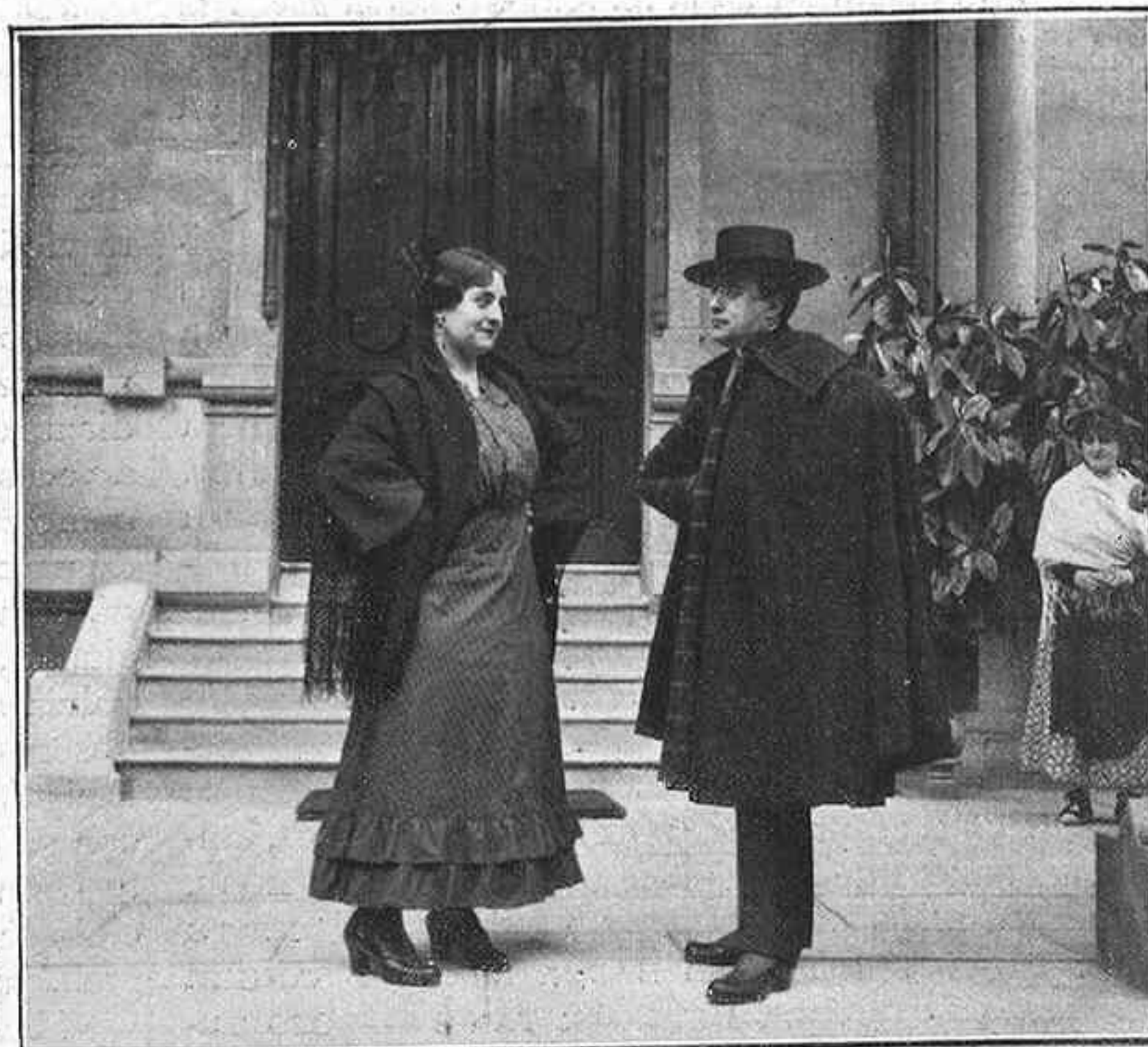


Una escena de *Más vale maña que fuerza*



«Pilar», de la popular zarzuela
Gigantes y cabezudos

CELEBRADA EN EL TEATRO PRINCIPAL
EL DÍA 23 DE ABRIL ÚLTIMO



Una escena de *La reina mora*

A beneficio del «Ropero del Rosario» se ha celebrado en el Teatro Principal una función en la que han tomado parte gran número de señoritas y jóvenes de la mejor sociedad barcelonesa. Representáronse *La reina mora*, *Más vale maña que fuerza*, y *Gigantes y cabezudos*, bajo la dirección artística de D. Alejandro Soler Rovirosa, escénica de D. Ernesto Vilaregut y musical de D. Conrado Molgosa.

La interpretación de *La reina mora* corrió a cargo de las señoritas Ostúa, Oliva, Sagnier (Inés), La Riva, Sancho y Ferrer, y de los Sres. Vilaregut, Solá, Maristany, Arana, Martí y Sagnier (L.). El grupo de oficiales lo formaban las señoritas Angelón, Bofarull, Eulate y Martí.

Representaron *Más vale maña que fuerza* las señoritas Arana y Morales, y los Sres. Maristany y Vilaregut.

Los principales papeles de *Gigantes y cabezudos* estuvieron confiados a las señoritas Sabadell (M.), Sagnier (J.), La Riva, Sabadell (C.) y Ferrer, y a los Sres. Maristany, Solá, Vilaregut, Sáinz de Baranda, Gaspar, Sagnier (P.), Larramendi



Los de Calatorao, de la zarzuela *Gigantes y cabezudos*

tas Sabadell (C.) y Sancho, y formaron el coro infantil las niñas Aguiló, Arana, Montagut, Picó, Sentmenat y Volart, y los niños Arana, Aparicio, Montagut (J. A. y R.) y Oliveras (G. y V.).

Componían el coro general las señoritas Angelón, Aguiló, Arana, Barraquer, Bosch, Bofarull (A. y M.), Carreras, Eulate, Ferrer (R. y M. L.), Fortuño (C. y L.), Gaztelu, García Monteys, Jaumandreu, Llopis, Martí Garcés, Monegal, Martínez Ceballos, Morales, Nicolau, Oliva, La Riva, Sabadell (P. y C.), Sancho, Sentmenat y Sáinz de Baranda (J. y P.); y los señores Arana (V. y P.), Carulla (V. y A.), Elías, Ferrater (A. y J.), Folch, Larramendi, Lacour, Martínez Ceballos, Mata, Martí, Pons, Riera, Rosales, Ricart, Sagnier Costa (A. y P.), Sagnier Vidal (J. y E.), Sagnier Sanjuanena, Sarriera y Vidal Cuadras.

Todos trabajaron como consumados artistas, y fueron objeto de continuas y calurosas ovaciones. El teatro, completamente lleno, ofrecía un aspecto brillantísimo; puede decirse que en él estaba lo más selecto de la alta sociedad barcelonesa.

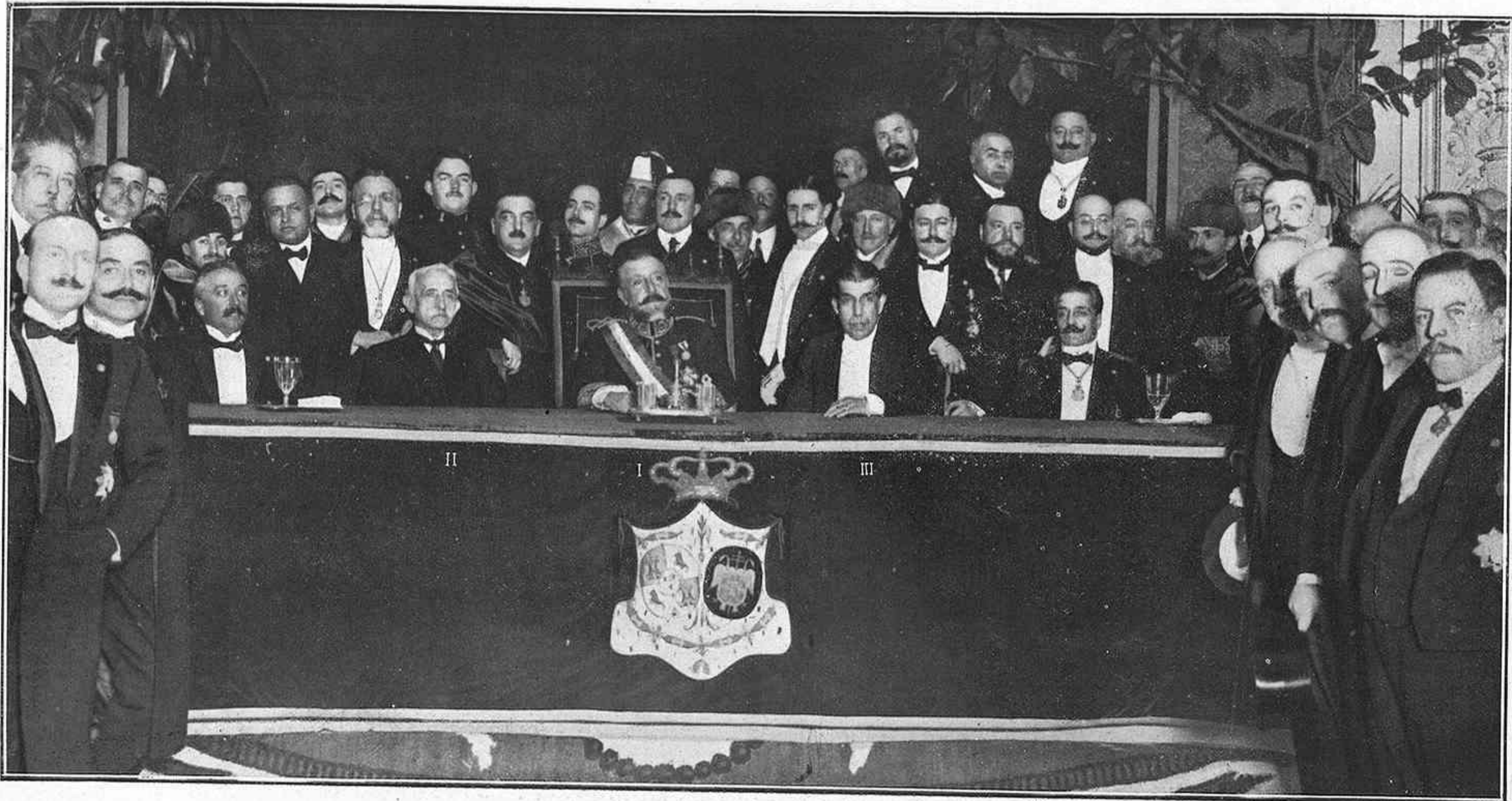


Grupo de los jóvenes y señoritas de la alta sociedad barcelonesa que tomaron parte en la función

y Mata. «Los de Calatorao» fueron las señoritas Martínez Ceballos, Sabadell (P.), Oliva y Montagut, y los Sres. Sagnier (A.), Sagnier (M.) y Larramendi. Danzaron la jota las señori-

La fiesta fué un gran éxito bajo todos conceptos, y ha valido unánimes felicitaciones a sus organizadores y a cuantos en ella han intervenido. (Fots. de nuestro reportero Merletti.)

MADRID. - PRIMER CONGRESO DE DOCTORES ESPAÑOLES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Sesión inaugural celebrada en el Paraninfo de la Universidad Central bajo la presidencia del Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública (1), quien tenía a su derecha al Rector de la Universidad Sr. Conde y Luque (2) y a su izquierda al exministro de Instrucción Pública Sr. Bergamín (3)

Recientemente se ha celebrado en Madrid el primer Congreso de Doctores españoles en el que se han discutido temas de gran interés no sólo para la clase doctoral, sino también para la vida universitaria de nuestra patria.

La sesión inaugural se efectuó en el Paraninfo de la Universidad Central y fué presidida por el Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública, conde de Esteban Collantes, a cuyos lados sentáronse los Sres. Conde y Luque, rector de la Universidad; Sanz y Escartín, gobernador civil; padre Victoria, director del Laboratorio Químico del Ebro; Bergamín, Alcalá Zamora, Ortega Morejón y secretario del Congreso Sr. Samper.

Abierta la sesión y después de leída por el Sr. Samper la memoria reglamentaria de los trabajos del Congreso, el señor Ortega Morejón, presidente del Comité organizador, expresó, en nombre de todos los congresistas, su gratitud al Rey y a cuantos habían prestado su apoyo al Congreso; justificó la necesidad de celebrar este congreso, cuya importancia reconoció el gobierno dándole carácter oficial; habló en pro de la unión de todos los que se dedican a la enseñanza; se declaró partidario de las instituciones de enseñanza libres y autónomas; examinó la legislación española desde el decreto de 21 de octubre de 1868, de Ruiz Zorrilla, y recordó las ideas de los Sres. Cánovas del Castillo, Sánchez de Toca y Moret, y en un elocuente párrafo hizo votos por la redención de la clase doctoral española.

El diputado a Cortes señor Alcalá Zamora saludó a los congresistas ensalzando la significación del título de doctor, hizo el elogio de las Universidades españolas, se ocupó en las aspiraciones de los claustros, declarando que una de las principales preocupaciones de los mismos debe ser que hoy se formen doctores mejores que los de ayer y terminó diciendo que antes de solicitar el auxilio del Estado es menester merecerlo, en la seguridad de que cuando este momento llegue, los poderes públicos han de facilitar los medios para la realización de los altos ideales que incumben a los doctores.

El exministro Sr. Bergamín, después de saludar a los congresistas en nombre del Rey y

Le diré á mamá
que gastas todo el
PETRÓLEO-GAL

Ehrmann.

del gobierno y de definir el claustro universitario y la Universidad, entre los cuales sólo ha de haber amor y penetración de ideales, expuso las ansias que sienten todos los doctores españoles de contribuir al engrandecimiento de la cultura nacional; se manifestó contrario a que el Estado ejerza el monopolio de la enseñanza, exponiendo su ideal de la Universidad autónoma en sus dos aspectos económico y docente; dijo que la Universidad española tiene que estar integrada por el claustro de profesores, por el de doctores y por los alumnos, elementos que unidos han de resucitar las tradiciones y la gloria de la Universidad española; declaró partidario de la libertad de la enseñanza desde la segunda para arriba; y prometió recoger las conclusiones del Congreso y presentarlas al gobierno.

El ministro de Instrucción Pública trató de la finalidad de la asamblea, de sus plausibles propósitos e iniciativas en bien del país; se refirió a los obstáculos que los congresistas puedan encontrar y ante los cuales no deben cejar por ser estos obstáculos los que encuentra siempre toda reforma al chocar con la rutina y con los intereses creados; habló del espíritu de asociación con el que se realizan en nuestro tiempo las más grandes empresas; ofreció su decidido apoyo a la obra del Congreso, y terminó diciendo que acogerá las fórmulas concretas que de éste resulten para estudiarlas y armonizarlas con la legislación vigente, y que se considerará dichoso si puede contribuir a que tenga el mayor esplendor el Congreso de Doctores españoles.

Todos los discursos fueron calurosamente aplaudidos.

Los congresistas han sido obsequiados con una recepción de honor en el Ayuntamiento y con un te en el Palacio real. Ambas fiestas estuvieron brillantísimas.

Además han efectuado una expedición a Toledo, en donde visitaron el Alcázar, la Estación sismográfica, Santo Tomé, el Museo y la Casa del Greco, Santa María la Blanca, San Juan de los Reyes y la catedral, y fueron recibidos en audiencia por el cardenal arzobispo primado.

MELILLA. - VIAJE DE SS. AA. LOS INFANTES D. CARLOS Y DOÑA LUISA. (Fotografías de Lázaro.)



Llegada de SS. AA. a Melilla. - S. A. la infanta Doña Luisa saludando a la bandera de la compañía que le tributó los honores al desembarcar

SS. AA. los Infantes D. Carlos de Borbón y D.^a Luisa han visitado recientemente nuestras posesiones africanas, habiendo permanecido tres días en Melilla.

Llegaron a aquella plaza el día 19 del mes pasado acompañados del príncipe Raniero de Borbón y del ayudante de S. M., el marqués de la Mesa de Asta, y fueron recibidos en el muelle Villanueva por el comandante general Sr. Jordana, por las demás autoridades, numerosas comisiones militares y civiles y un inmenso gentío que les tributó una ovación entusiasta. También acudió a saludarlos el caíd Bachir-ben-Senah, representante del jalifa Muley Medhi.

Dirigieron SS. AA. y comitiva oficial a la iglesia parroquial, en donde se cantó un *Te Deum* y terminado éste marcharon a la Comandancia general, desde uno de cuyos balcones presenciaron el desfile de las tropas.

Después del almuerzo, Sus Altezas con el general Jordana y su séquito marcharon en automóviles al campamento de Sammar, en donde visitaron las fortificaciones. Abd-el-Kader, el antiguo jefe de la jarca y hoy amigo fervoroso de España, se presentó al frente de los *chuijs* de Beni-Sicar y pronunció frases de caluroso entusiasmo recordando los grandes beneficios debidos a nuestra acción. D. Carlos contestó agradeciendo sus patrióticas palabras, que prometió transmitir a S. M. el Rey, y alentándoles para que continúen siendo fieles a España.

Desde Sammar se encaminaron a Tisafor en donde, después de un lucido desfile, las tropas ejecutaron varios ejercicios tácticos con una seguridad y una precisión admirables.

Por la noche celebró en la Comandancia general de Melilla un banquete oficial y lucieron en toda la ciudad espléndidas iluminaciones.

Al día siguiente, visitaron SS. AA. las posiciones de Ishafen y Segangán. En esta última presidieron la ceremonia de la bendición de la nueva bandera del batallón de Cazadores de Segorbe, acto que resultó en extremo brillante y con motivo del cual, después de la misa, pro-

nunciaron breves y patrióticos discursos el teniente coronel Sr. Sacanelles y S. A. el Infante D. Carlos. Terminado el acto, las tropas desfilaron por delante de la tribuna en donde estaban SS. AA. y luego se sirvió un *lunch*.

Seguidamente marcharon SS. AA. a las minas de Uixán, en donde fueron recibidos por los representantes de la compañía y por todos los *chuijs* de Beni-bu-Ifzur, quienes ofrecieron a los augustos viajeros el testimonio de su adhesión y de su amor a España, y regalaron al Infante un magnífico potro árabe. Después del almuerzo, que se sirvió en la casa de San Jerónimo, Sus Altezas visitaron los yacimientos.

El día 21 presidieron Sus Altezas la inauguración del ferrocarril de Zeluán al Monte Arruit y después de celebrado este acto y el espléndido *lunch* que se dió en honor de los Infantes, presenciaron en aquella posición la ejecución de un supuesto táctico que efectuaron las tropas con gran brillantez. Por la tarde estuvieron en el campo de Rostrogordo y por la noche asistieron a la función de gala del Teatro Victoria que resultó una fiesta bajo todos conceptos magnífica.

Al día siguiente visitaron Sus Altezas el Muluya, en cuya orilla derecha había concentrado un núcleo de fuerzas argelinas; en la izquierda se hallaban numerosas tropas españolas. El coronel francés, De Tinant, atravesó el río y fué a saludar a los Infantes, siendo obsequiado con un *lunch* y luego acompañó a Sus Altezas hasta Melilla.

En la mañana del 23, hicieron una excursión a las posiciones de Kadur y de Taxdir; las tropas efectuaron algunas evoluciones y los jefes de la cabila de Beni-Sidel regalaron un hermoso caballo a la Infanta. Por la tarde estuvieron en las minas de Afra y en la Granja Agrícola, y a primera hora de la noche embarcaron en el vapor *Lázaro* que había de conducirlos a Málaga, siendo despedidos por las autoridades, comisiones y numeroso público, que les tributaron calurosas demostraciones de simpatía.



SS. AA. en el campamento de Sammar. - Los *chuijs* de Beni-Sicar presididos por Abd-el-Kader saludando a los infantes

LA MUJER Y EL TRABAJO

OBRA ESCRITA EN INGLÉS POR OLIVA SCHREINER. - TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE FLORA OSSETTE

EDICIÓN ILUSTRADA

En este libro de la eminente escritora inglesa está toda la esencia del movimiento feminista que tanta importancia ha alcanzado y tanto se ha generalizado en nuestros días; en él hallanse condensadas las aspiraciones de la mujer, sus derechos y sus esperanzas, todo ello expresado con la pasión más profunda, la mordacidad más satírica y elocuente, y la amenidad más poética. - Un tomo encuadernado de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN